

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS



POLICIAZO



MEDIDAS PARA MI ATAUD

Curtis Garland



FREDA

PUNTO ROJO

**BRUGUE
RA**

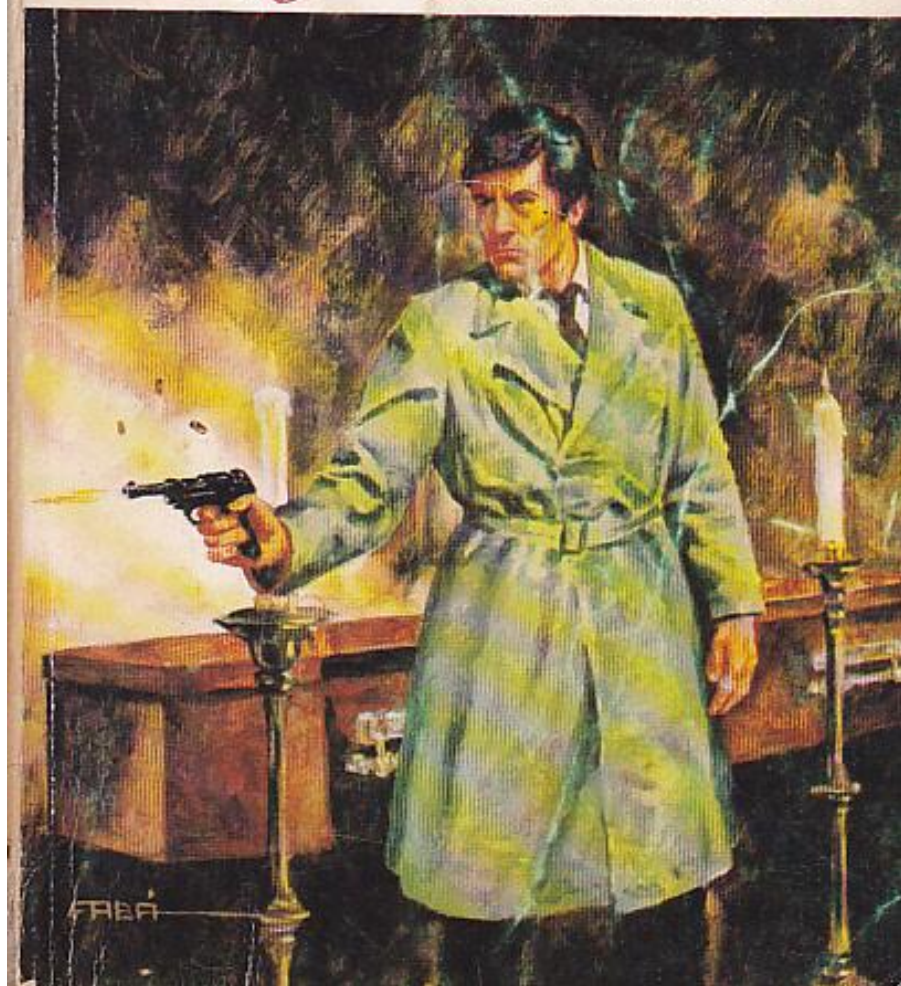
BOLSILIBROS

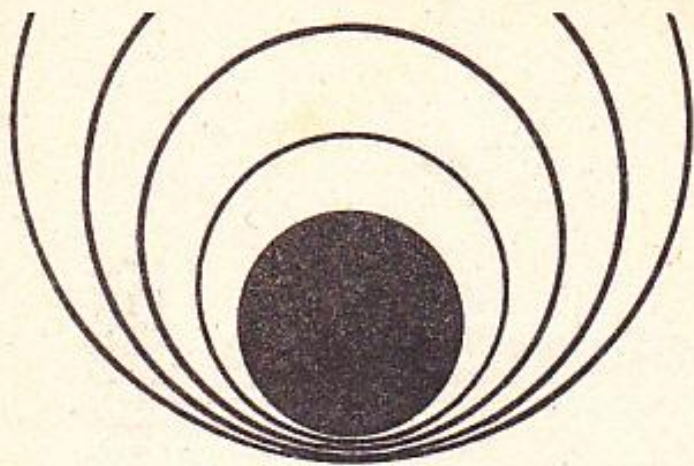
POLICIACO



MEDIDAS PARA MI ATAUD

Curtis Garland





PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

MEDIDAS PARA MI ATAUD

Colección PUNTO ROJO n.º 1.089 Publicación semanal

ROJO

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.692 — La reina Midas.

En Colección PUNTO ROJO:

1.082 — La dama que gritó.

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 1.353 1983

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición: marzo., 1983

1.a edición en América: setiembre. 1983

© Curtis Garland - 1983

texto

© S. Fabá - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.
A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza

con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Paréis del Vallés N 152. Km 21.650) Barcelona 1983

CAPITULO PRIMERO

La segunda vez que intentaron matarme, empecé a comprender que mi vida molestaba a alguien.

Se podrá decir que soy un tipo lento en advertir las cosas, pero no es así.

Sencillamente, no me gusta llegar a conclusiones precipitadas. Y pensar que una gran maceta desprendida de una terraza, puede ser un intento de homicidio, siempre resulta algo aventurado.

Pero cuando la segunda vez te echan encima un camión de reparto comercial, y al fallar en el intento de atropello te sueltan dos disparos de pistola, ¡a cosa empieza a ser mucho más concreta. Y más alarmante.

No cabía ya la menor duda. Lo pensé mientras me levantaba del duro suelo de asfalto, sacudiendo mi chaqueta del polvo que la rebozaba en esos momentos, y me dije a mí mismo:

«Slim Scarlet, amigo mío, alguien quiere enviarte derecho al infierno.»

Intenté en vano vislumbrar la matrícula del camión que había pretendido inicialmente plancharme contra el asfalto. Se había metido ya por la calle transversal inmediata, y apenas si vislumbré su parte posterior, desapareciendo con rapidez. Intenté correr para asomar a la esquina, y empecé a cojear de tal modo, que caí sobre una rodilla.

—Pobrecillo —oí murmurar a una anciana que llevaba paseando a un ridículo perrillo de lanas, sujeto por una correa—. Ese salvaje ha debido causarle daño en la pierna, necesita ayuda...

No sabía a ciencia cierta si el salvaje a que la anciana se refería, sin duda alguna, el conductor del camión, era quien me había dejado tan lastimosamente mi pierna derecha, o yo mismo al arrojarme de bruces a la acera para evitar el atropello. Lo que sí parecía evidente es que la pobre mujer no había oído ni remotamente los dos disparos, y si los oyó debió atribuirlos a un escape del motor.

Pero yo sé distinguir entre un escape automovilístico y una detonación de arma de fuego, he tenido algunas experiencias en todo ello durante el poco tiempo que fui detective privado.

Porque ya ni siquiera soy eso. He intentado volver a Broadway como actor de comedia o colocar algún artículo como periodista, ya que entre muchas profesiones, he ejercido la de comediante y la de reportero antes de llegar a ser investigador privado para Conway

& Conway.

Ahora, precisamente, me dirigía al funeral por mi antiguo socio, Brett Conway, propietario, director y un montón de cosas más de la Conway & Conway, nombre bastante engañoso porque sólo hubo un Conway todo el tiempo, y su misterioso «socio»

llamado también Conway sólo existió en la fértil imaginación de mi antiguo jefe. Tal vez eso de poner dos veces el mismo nombre, daba cierto aire respetable a su negocio. Lo cierto es que él nunca me reveló el porqué de aquella firma comercial, y ahora estaba demasiado callado para podérmelo decir, con tres proyectiles del calibre 32 alojados en su cabeza y corazón.

Lo cierto es que había sido primero mi jefe y luego mi socio. Finalmente, nos fuimos cada uno por un lado, y yo volví a mis escenarios o a mis redacciones de noticias. Más bien puedo decir que intenté ambas cosas, hasta ahora sin demasiado resultado práctico.

Apenas enterado de la violenta y súbita muerte del pobre Brett Conway, a manos de un asesino desconocido, intenté dar el pésame a su familia, pero descubrí que no tenía a nadie en este mundo, y que todos los trámites de su funeral estaban a cargo de su secretaria, Ginevra Miller, la guapa y sorprendente Ginny a quien yo había conocido en su tétrica oficina de la calle Veinticuatro. De modo que decidí estar junto a ella en ese trance, y hacer por mi antiguo socio lo único que era ya posible en este mundo: acompañarle en ¡a cámara ardiente y dejarle definitivamente en su tumba, con una corona de flores decente. Yo no disponía de demasiados fondos para ser generoso en aquella hora, ni tampoco las finanzas del pobre Brett parecían quedar demasiado boyantes como para que su fiel secretaria pudiera permitirse lujo alguno en el funeral. La caja fuerte de Brett siempre había sido un excelente refugio para las arañas, pero no para los billetes de banco.

Y de repente, habían comenzado a sucederme cosas. Así, sin explicación razonable alguna.

Primero fue aquel enorme tiesto o macetero, desprendido de una terraza, en pleno Broadway, y que sólo por azar, el gritarme alguien

algo, salté de lado y vi despedazarse su pesada mole justo a media yarda de mi persona. Pensé que era un azar adverso el que estuvo a punto de enviarme tan rápidamente con Brett, pero ahora ya estaba seguro de que no podía ser casual. El intento de atropello y los dos disparos, cuya existencia real pude comprobar bien pronto, descubriendo la huella de los proyectiles en la piedra del muro situado a mis espaldas, me convencieron rápidamente de que una mano criminal intentaba borrar me de este mundo.

¿La misma mano que había enviado al infierno a Brett Conway? De eso no podía estar seguro. Y ya he dicho que soy un tipo a quien le gusta estar seguro de las cosas que deduce.

De modo que dejé la cuestión en el aire y seguí mi camino, hacia la funeraria donde reposaba mi antiguo camarada.

* * *

Lo cierto es que no había mucha gente allí.

Aparte, de Ginevra y de mí, pude ver presente a un tipo ratonil a quien yo conocía, llamado Milton Raft, colega de Brett y colaborador suyo en algún asunto de poca monta.

Era flaco como Stan Laurel y feo como Peter Lorre. También estaba el teniente Warren, de la División de Homicidios de Nueva York. No me caía bien. Ni yo a él. Actualmente, él poseía mi licencia de detective, que me quitó tras un feo asunto de drogas en el que yo me propasé un poco con un tipo de influencia en el mundo social y político de la ciudad,

pero metido hasta el cuello en el tráfico de estupefacientes. Después de eso, se había producido la ruptura entre Brett y yo, dejando el oficio definitivamente.

Ni me saludó, ni le saludé. Aquel hombretón con cara de perro de presa y pies tan grandes como planos, no era santo de mi devoción. Sabía que los detectives privados le caían fatal. Y yo, en particular. Con Brett aún había tenido alguna relación relativamente amistosa, si es que el teniente Warren sabía lo que era la palabra amistad.

—Vienes algo raro —me había dicho Ginny al verme entrar—. ¿Te ha ocurrido algo?

— Estuve a punto de ser arrollado por una especie de tanque urbano —gruñí, sentándome junto a ella en la lúgubre sala donde reposaba

Brett metido en su féretro—.

Luego, dos balas pasaron rozándome la cabeza. Si eso no te parece raro...

—¿Bromeas? —se sobresaltó ella, mirándome asombrada.

—No acostumbro a bromear delante de un cadáver, y menos si es el de un amigo.

—¿Por qué han intentado matarte?

—Si lo supiera... —me encogí de hombros—. Todavía no he debutado en ningún teatro, de modo que no puede haber ningún espectador deseoso de ajustar cuentas conmigo...

—Resulta muy sospechoso que atenten contra tu vida, cuando aún está casi caliente el cuerpo del jefe —me hizo notar Ginny, con su delicioso ceño fruncido.

La miré y asentí. No me había descubierto nada nuevo. Me recreé contemplándola.

Siempre había dicho que se parecía a Lana Turner. Llevaba el mismo peinado y era rubia teñida, como la actriz. Pero se la veía más auténtica, menos sofisticada. Su traje sastre, de color gris claro, le sentaba deliciosamente. Sobre todo cuando cruzaba las piernas. La falda permitía entonces descubrir el nacimiento de sus muslos. Y valía la pena.

—¿Sabes de qué calibre eran las balas que mataron a Brett? —indagué.

—Sí. Todo el mundo ¡o sabe. Calibre 32. No hallaron nunca el arma.

—Los orificios que yo vi en el muro de la casa, a mi espalda, también eran producidos por balas de ese calibre —murmuré—. Una de ellas asomaba en el agujero y vi su tamaño. Curioso, ¿no?

—Mucho. Y muy peligroso para ti. Si mataron a Brett, pueden matarte también sin dificultad alguna. El, al menos, iba armado.

—Para lo que le sirvió... —rezongué yo—. No puedo llevar revólver mientras no posea la licencia de detective y de armas, bien lo sabes. Las dos cosas las tiene en su poder ese sabueso malencarado.

—¿El teniente Warren? Me preguntó por ti al llegar. Parecía incluso

amable...

—Qué raro. A lo mejor tiene remordimientos de conciencia, por si me pasa lo mismo que a Brett, y tiene que venir a mi funeral.

—Deberías decirle lo que te ha ocurrido.

—No, gracias —rechacé—. No quiero su compasión ni su ayuda.

—Como quieras, Slim. Pero Brett no aprobaría tu actitud.

—Brett no aprobaba muchas cosas de mí, Ginny. Por eso disolvimos la sociedad, apenas iniciada. Sólo resolvimos dos casos. Y en el segundo perdí mi licencia. Hermoso historial el de Slim Scarlet, detective privado, ¿eh?

Ginny puso cara de circunstancias, limitándose a asentir despacio con la cabeza, su mirada fija en el féretro de mi amigo y socio, rodeado por severos paños de color

morado oscuro.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —me preguntó.

—No lo sé. En el Vaudeville me han prometido un papel para el estreno que empezarán a ensayar dentro de un mes. Por otro lado, Frank Caldwell, el director del *Tablet*, es posible que me encuentre un hueco en la sección de ecos de la sociedad, pero no es nada seguro. Pensaba seguir mi profesión de actor o la de periodista, depende de lo que saliera antes. Cualquier cosa será buena en estos momentos. Ya debo dos semanas de alojamiento, y casi treinta dólares a un viejo amigo que tiene un bar. Calculo que para comer !o preciso, si no quiero morirme de inanición, no habrá en mi bolsillo más allá de una pequeña reserva para una semana.

—Yo no me refería al trabajo, Slim, sino a eso que te ha ocurrido. ¿No vas a hacer nada por descubrir los motivos de esos atentados contra tu persona?

—¿Y qué crees que es lo que yo puedo hacer? —gruñí—. Ahí tienes a Brett. Le mataron, y ni tú, ni el teniente Warren ni nadie sabe cosa alguna sobre su asesinato ni los motivos que le condujeron a tal crimen.

—Sí, eso es cierto —suspiró ella—. Si al menos tuviera una pista, sería capaz de seguirla yo misma, hasta dar con el asesino.

—Querías mucho al viejo Brett, ¿eh?

—Sí, mucho. Era un buen tipo. Gruñón y mal pagador, pero buen tipo.

—Qué diablos, yo le mandé al infierno, pero estoy de acuerdo contigo. Haría cualquier cosa por meterle al tipo que le mató una dosis igual de plomo en la barriga. Y si era el mismo que ha intentado liquidarme a mí, miel sobre hojuelas.

Ginny se mordió el labio inferior, pensativa. Tenía unos labios muy bonitos. Carnosos y rojos, como a mí me gustan. Sus dientes eran iguales y muy blancos.

—¿De veras te gustaría intentar algo así? —me interrogó de repente, levantando sus ojos color azul oscuro.

Enarqué las cejas, sin atender adónde quería ir a parar con eso. Asentí luego.

—Claro —dije—. Con toda mi alma, Ginny.

Ginevra tomó una decisión. Abrió su bolso y me tendió un documento doblado.

—Lee eso —susurró—. Puede que te interese.

Miré de soslayo a! féretro de mi amigo, como preguntándome si estaría bien ponerme a leer allí, y pensé que con eso no le hacía ningún mal al que reposaba dentro de la caja de caoba. Desdoblé el documento. El crujido del papel hizo que el teniente Warren volviera la cabeza hacia mí, ceñudo.

Puse el papel a la luz de un velón. Estaba escrito a máquina, y firmado y sellado por mi querido amigo Brett Conway. Su contenido era muy simple:

«Dada mi carencia de familiares directos, si algo me sucede, dejo mi oficina y cuanto poseo a mi secretaria Ginevra Miller. No es mucho, pero puede compensarle en parte de su leal comportamiento hacia mí.

Además de la firma de Brett, había la de dos testigos, el detective Raft y el camarero del bar de abajo de su oficina, el bueno de Charlie. Eso parecía darle al documento toda legalidad del mundo. Era un testamento, el más breve que jamás había leído.

—Se ve que no tenía buenos presentimientos —comenté,

devolviéndole el papel—.

Enhorabuena, Ginny. ¿Cuánto esperas sacar por el traspaso de la oficina?

—Nada —suspiró ella—. No abandonaré el negocio.

Arrugué el ceño.

—No entiendo eso —dije.

—Es fácil de entender —sonrió—. Seguiré con la oficina. De momento, al menos.

—Pero tú eres una mujer... —protestó—. ¿Cómo vas a investigar tú sola?

—He repasado el anuario de la ciudad. Hay al menos diez mujeres que regentan negocios de investigación privada, sean de tipo mercantil o confidencial —me espetó ofendida—. ¿Qué tiene un hombre que no tenga una mujer?

—Si te lo digo, a lo mejor te pones colorada —reí.

—Muy gracioso. Me refería a esto —y se colocó la cabeza significativamente.

—No se trata de inteligencia, Ginny. Tú eres una chica lista. Siempre fuiste el cincuenta por ciento del negocio de Brett. Pero eres mujer. Y si a él le han asesinado con tanta facilidad, imagina tú si alguien se le ocurre...

—Pero aún no se le ha ocurrido —me cortó—. Y te aseguro que sabría defenderme.

Estoy aprendiendo lucha y defensa personal en un gimnasio. Dice el profesor que lo hago bastante bien.

—Hace falta algo más que eso para enfrentarse a una 38 —le recordé—. Yo mismo fui boxeador *amateur* en el ejército. ¿Y qué? Eso no pudo impedir que estuvieran a punto de hacerme papilla con una maceta, de aplastarme contra el asfalto o de agujerearme con una pistola.

—Todo oficio tiene sus riesgos. Has dicho que soy el cincuenta por ciento del negocio del pobre Brett.

—Sí, ¿y qué?

—¿Quieres ser tú el otro cincuenta? —me ofreció.

Me quedé mirándola sin saber qué decir. Parecía hablar en serio. En alguna parte, un órgano emitía notas graves, solemnes. Creí identificar una marcha fúnebre de Chopin.

—¿Lo dices en serio? —gruñí.

—¿Tú qué crees? —me desafió con su mirada, enarcando las cejas, finas y suaves.

—Diablos, no sé. Me pillas desprevenido. Recuerda que todo depende del teniente Warren. Si no me devuelve mi licencia, ¿cómo podré trabajar contigo?

—Lo intentaremos. Si fracasamos, serás mi socio aún sin licencia. Oficialmente, sólo serías un empleado de la agencia. Yo voy a obtener mi licencia de detective privado en un par de meses.

—Casi me has convencido. Pero ese papel en el teatro y la oferta de Caldwell...

—Simples promesas a largo plazo —me atajó—. Elige, Slim. O vuelves al escenario como un mediocre actor, o al periódico para aburrirte escribiendo crónicas de bodas y bautizos... o regresas a la oficina para ser lo que creo que serás ya toda tu vida: un detective privado. Te puedo ofrecer poco de momento: cien dólares el mes, más un porcentaje sobre los honorarios cobrados. Ahora podría darte un anticipo de cincuenta, a descontar de los tres primeros meses.

—Me has convencido —resoplé—. Acepto, querida Ginny, Soy tu nuevo socio, y ojalá no te equivoques conmigo.

—No me equivocaré. En cuanto termine el funeral, iremos a la oficina. Quiero que revises los casos que llevaba Brett en el momento de morir. No eran muchos. Pienso que uno de ellos fue la causa de su muerte. Si queremos poner en claro esto, tendremos que empezar por saber cuál le condujo a la tumba. Brett será nuestro primer cliente. Con su legado, ya ha pagado sobradamente sus honorarios.

—Curioso modo de empezar un caso —comenté—. Nuestro primer cliente, es un hombre muerto...

—No lo creas, Slim —me replicó—. Brett ya tenía entre manos un

asunto en el que su cliente también estaba muerto. Y no sé por qué, sospecho que ese asunto, precisamente, podría ser el que se relacionase con su asesinato...

CAPITULO II

Ginny tenía razón en muchas cosas. Empezaba no sólo a parecerle una chica bonita y eficiente, sino también dotada de gran inteligencia y sentido práctico.

Cuando abrió la puerta vidriera de la oficina, vieja y destartalada, suspiré con nostalgia y dolor. La última vez que había cruzado aquel umbral. Brett Conway estaba lleno de vida y de energía. Ahora yacía bajo unos palmos de tierra, en el cementerio, por culpa de algún hijo de perra que quiso deshacerse de él.

—Entra —me invitó Ginny—, Estás en tu casa, recuérdalo. Ahora, esto es de los dos por igual.

La hice pasar a ella delante y la seguí. No acostumbro a ser muy caballeroso, pero Ginny tenía todo el derecho del mundo a ser la primera allí. Miré en derredor mientras ella encendía la luz eléctrica. Ya había oscurecido, y el despacho de Brett seguía siendo tan lóbrego y sucio como siempre. Y eso que la mano de Ginny se había notado mucho.

Antes de venir ella, tenía entendido que aquello era una especie de catacumba llena de telarañas y polvo.

—Tendremos que renovar esto —comentó, quitándose su sombrerito gris con velo de color humo, y dejando suelta su melena rubia—. No creo que el espíritu de Brett se soliviente si su oficina queda un poco limpia y presentable.

Asentí, limpiando el polvo de una silla tapizada, para sentarme en ella. Estaba cansado. Desde la pared, una *pin-up* de hermosas piernas me guiñaba un ojo en la litografía de un calendario.

—Hablaste de un caso que suponías relacionado con su muerte —le recordé.

—Cierto. ¿Ya quieres empezar a trabajar? —me dirigió una mirada curiosa.

—Cuanto antes, mejor —asentí.

—Así me gusta —aprobó ella—. Espera un momento.

Se inclinó ante la caja fuerte del despacho, un viejo modelo de metal negro, digno de una oficina del antiguo Oeste, y su falda se remontó sobre sus bonitas piernas, dejándome ver parte de sus muslos al agacharse. La tenue media de nylon sobre la carne, realzaba la tersura de ésta.

Abrió la caja tras manipular la combinación. Sacó de ella unos dossiers y un fajo de billetes. Contó diez de cinco y me los tendió, guardando el resto en la caja antes de cerrarla.

—Es todo el dinero que dejó aquí al morir —me explicó—. Habrá que administrarlo bien, por si no surgen nuevos casos pronto.

—Eres todo un cerebro —asentí, guardando mis cincuenta pavos, suma que me parecía en estos momentos algo digno de un rey, dada la penuria de mis bolsillos—.

¿También guardas los casos de Brett en la caja fuerte?

—Los tres que tenía entre manos al ser asesinado, sí —afirmó—. Podría ocurrir que alguien visitara la oficina en mi ausencia para llevarse algo...

—Muy precavida. ¿Qué clase de asuntos son?

—Míralos tú mismo —me tendió las tres carpetas—. Uno se refiere a un marido que busca a su esposa, desaparecida de casa con un amigo más joven y guapo, llevándose

todos los ahorros. Otro, es el de una mujer que pretende el divorcio a su marido, mujeriego y jugador, y bastante adinerado.

Y el tercero, es el menos vulgar de todos: ya te lo mencioné antes, el caso de un muerto que contrató a Brett para ocuparse de sus asuntos.

—Un muerto... —silbé entre dientes, tras echar una ojeada superficial a dos de las carpetas, cuyo contenido se refería a dos de los más vulgares casos que pueden presentársele a un detective privado, justamente los que mencionara Ginny poco antes.

Sostuve en mis manos el tercer dossier. Leí su rótulo en la carpeta—: «Caso Medford.»

¿Es éste?

—Sí. Morgan Medford era el cliente. Murió hace un mes.

—¿Quién le encargó el caso a Brett?

—El propio Medford, hace quince días —dijo ella de modo sorprendente.

Enarqué las cejas y le dirigí una mirada irónica.

—¿Bromeas? —refunfuñé.

—Claro que no. Abre el dossier y lo comprobarás.

Lo hice, algo perplejo. Lo primero que encontré, fue una carta manuscrita, en papel de la mejor calidad, y con un membrete en relieve donde se leía: Morgan Medford, Importador. Y una dirección en el centro mismo de Manhattan. Leí la misiva, escrita con letra pulcra y cuidada:

Para abrir después de mi muerte:

Mi albacea testamentario se ocupará legalmente de esta mi última voluntad, a título póstumo.

Sé que si he muerto, no habrá sido de muerte natural. Me habrán asesinado, no sé cómo aún. En todo caso, aunque los médicos se resistan a diagnosticar mi muerte como homicidio, yo sé que será así como moriré.

En consecuencia, exijo que a mi desaparición de este mundo, sea contratado un detective privado, elegido al azar, sin influencia personal de nadie, para que se ocupe de mis asuntos. Los honorarios a percibir serán los siguientes: un anticipo de quinientos dólares y doscientos cincuenta para gastos iniciales. Y dos mil dólares si se resuelve el caso y se descubre a mi asesino. Durante las investigaciones, debidamente justificados, podrán abonarse igualmente al investigador elegido hasta otros mil dólares en concepto de posibles gastos extraordinarios o prolongación de actividades.

Dado en Nueva York, a 10 de septiembre de 1946. Firmado: *Morgan Medford*.

—Uf... —resoplé, fascinado—. Un caso asombroso. Y nada frecuente.

—Es lo que pensó Brett. Lo aceptó de inmediato.

—Estamos a veinticinco de octubre. Hace un mes y medio que se

escribió este documento.

—Y hace un mes que murió Medford, justamente el veinticuatro de septiembre.

—No se puede negar que su presentimiento era inmediato en consecuencia. Sólo sobrevivió catorce días a ese escrito...

—Así es. Hoy hace dos semanas que llegó aquí el abogado de Medford, Delmer Knox, para encargar del asunto a Brett.

—¿Por qué precisamente a Brett? —me extrañé—. Hay agencias privadas de investigación muy lujosas y prestigiadas en esta ciudad, propias para gente de su clase...

—El abogado de Medford cumplió escrupulosamente las instrucciones de su difunto cliente. Abrió la guía telefónica por las hojas donde figuran las agencias de detectives de la ciudad, y echó una gota de tinta con su estilográfica, sobre un nombre al azar. Resultó ser la oficina de Brett. Y aquí vino con el caso y el dinero. Lo que ves ahí es lo que resta de lo cobrado a cuenta.

—Entiendo. ¿Cómo murió Medford?

Ginny me miró pensativa. Y respondió gravemente, con un nublado en sus ojos azules, casi del color del cobalto: —Ahí está lo raro —dijo—. Se suicidó ante testigos. Iba a responder con una imprecación, cuando alargué mi mano y tapé la boca carnosa de Ginny, al tiempo que con mi otra mano hacía sobre mi boca una señal de silencio. Miré hacia la puerta vidriera de la oficina.

Acababa de notar que había alguien allá fuera en el pasillo, escuchando nuestra conversación. Alguien que no deseaba ser advertido.

* * *

Los ojos profundos y vivos de Ginny se clavaron en mí, expectantes, y asintió con la cabeza. Solté su boca, y ni siquiera respiró. Había entendido, y esperaba a ver qué hacía yo.

Hice lo único razonable en aquella situación. Me lancé hacia la puerta de la oficina de dos rápidas zancadas, y la abrí casi con violencia.

Para entonces, el tipo ya había captado mi intención, sin duda alguna, porque estaba corriendo pasillo adelante, hacia la escalera. No intentó

tomar el viejo y renqueante ascensor, sino que se precipitó por los escalones sin perder tiempo, en dirección a la planta baja del edificio. Seguí al intruso resueltamente. Su propia fuga revelaba claramente sus intenciones, nada claras por otro lado. Que nos espiaba era obvio. Pero los motivos no podía adivinarlos.

Me llevaba alguna delantera, y era rápido como un gamo. Pero yo tampoco soy demasiado lento, ya que por fortuna peso poco para mi estatura y sé correr detrás de cualquiera sin perder el aliento.

Pude darle alcance finalmente en el vestíbulo de la casa, cuando se disponía a abandonar ya el edificio. Me lancé en un plongeón perfecto contra sus piernas, y las abracé cerca de sus tobillos, derribándole aparatosamente. Los dos rodamos por el suelo, y oí una sorda imprecación en sus labios.

—Lo siento, amiguito —mascullé, jadeante, sin soltar sus piernas a pesar de las patadas aviesas que me dirigía, intentando alcanzarme en las ingles—. Es mala costumbre escuchar tras las puertas. Nunca me gustó tener espías detrás de mis talones. Ahora tendrás que explicarme lo que hacías arriba, con las orejas pegadas a la puerta, o te haré pasar un mal rato, palabra.

—¡Déjame en paz! —refunfuñó airadamente—. Está loco, sin duda. Suélteme o armaré un buen escándalo, maldito bastardo...

Me quedé algo perplejo al oír su voz, y más aún al mirar más atentamente a mi presa en aquel nada radiante vestíbulo. Ahora fui yo el que soltó una imprecación.

—¿Qué diablos? —refunfuñé, soltándole las piernas—. Una mujer...

—Eso es —afirmó, sentándose en el suelo y mirándome con ira—. Una mujer. ¿Es que no se había dado cuenta antes, cochino estúpido?

Ciertamente, había que ser muy tonto o muy ciego para no ver que aquello no podía ser un hombre en modo alguno. Al protestarme, como por casualidad, se había sujetado ambos senos con sus manos, y los enarbolaba como uno de los más claros testimonios de identidad imaginable. Y tenía motivos para ello.

Confieso que nunca había visto a una mujer con semejante mostrador. Era como llevar dos cántaros sujetos al torso, tal era su volumen y su turgencia. Bajo el suéter, demasiado estrecho para envolver semejantes atributos, se bamboleaban aquellas dos gloriosas mamas como si tuvieran vida independiente del cuerpo, más bien esbelto, de

mi cautivo... que resultaba ser cautiva.

—Bueno, sólo la había visto de espaldas —me disculpé torpemente, rascándome el cabello y contemplando sus piernas enfundadas en pantalones de paño oscuro—. Y

como viste de hombre...

—Sólo faltaría que me hubiera considerado un hombre viéndome de frente —se quejó con sarcasmo. Dejó de sostener sus pechos con las manos, pero éstos no cedieron un ápice en su erecta posición. Alargó ahora una mano—. ¿Me ayuda a levantarme o va a dejarme aquí sentada, mirándome con esa cara de bobo?

—Lo siento —musité, sujetando su mano y tirando de ella—. Me ha dejado muy sorprendido.

—Ya lo veo —ironizó.

—Pero sigo teniendo yo la razón. Usted estaba espionando a mi socio y a mí.

—En parte, tiene razón —confesó con un suspiro. Estaba ya en pie y no pude evitar que me rozara con una de aquellas espléndidas prominencias pectorales. La noté dura y maciza—. Sí, estaba escuchando lo que hablaban.

—¿Y cree que eso es de buena educación?

—Me importa un cuerno la buena educación —confesó abruptamente—. Estaba hablando de alguien que me interesaba mucho, y escuché. Eso no es un delito, amigo.

—Cuando a uno han intentado matarle ya dos veces, cualquier cosa puede ser un delito. Y cuando se espía en el despacho de un detective asesinado, más aún. Si quiere puedo llamar a la policía y consultarles el asunto.

—Será mejor que no lo haga —me replicó con frialdad—. Pretendo ser cliente suya,

¿comprende? No querrá perder a una posible cliente que viene a ofrecerle diez mil dólares en efectivo.

Me quedé de una pieza. Observé más atentamente a la dama, procurando olvidar su busto, cosa nada fácil por cierto. Era joven y

muy atractiva, la verdad. Pelo oscuro, muy corto, que la hacía parecer un chico, ojos grises, boca carnosa y nariz breve. Calculé que no tendría más de veinticinco o veintiséis años. Era delgada, a excepción de sus increíbles senos. O tal vez lo parecía más por contraste.

—Eso no es un cliente —respondí—. Es Papá Noel en persona.

Se echó a reír ante mi rasgo de humor, y eso rompió bastante el hielo. Le tendí la mano.

—Lamento lo sucedido —dije—. ¿Podemos ser amigos?

—Claro. Sigo pensando en contratar su agencia para mí. ¿Cómo se llama?

—Slim Scarlet. Soy socio del actual propietario de la Agencia de Detectives Conway & Conway.

—Scarlet... Que extraño apellido —comentó.

—Yo no tengo la culpa —suspiré—. Ni mi padre tampoco. Ya venía de atrás. ¿Sube conmigo?

—Sí, será lo mejor. La realidad es que no debí escapar cuando me sorprendió escuchando —dijo mientras iniciaba el ascenso a mi lado—. Pero de repente temí que pensara mal de mí por haber permanecido junto a ¡a puerta todo el tiempo. Y traté de escurrirme, para volver otro día a verle.

—Usted se porta de un modo muy raro para pretender ser cliente nuestra —comenté algo seco.

—Tal vez. Es la falta de experiencia, sin duda. Nunca fui a ver a un detective privado en toda mi vida, Scarlet. Y aún ahora... no sé si hago bien con ello.

—Aún está a tiempo de dar media vuelta y largarse. Lloraré un poco por esos diez mil dólares que me prometió, pero no me suicidaré por haberlos perdido.

—Usted estaba hablando precisamente de eso antes: de un suicidio.

—Yo no. Mi socio —la miré de reojo—. ¿Le preocupa eso?

—Mucho. Todo lo de Morgan Medford me preocupa.

—Ah, entiendo —me detuve en seco, frunciendo el ceño—. Viene por

ese asunto, a lo que veo.

—Así es.

—Entonces, no podrá ser cliente nuestra, lamentándolo mucho. Ya tenemos cliente.

—No me importa. Lo que yo le pediré en relación con la muerte de Morgan Medford será muy distinto a lo que su otro cliente haya podido pedirle.

—Existe algo llamado ética, señorita. No se pueden tener dos clientes en un mismo caso, compréndalo.

—¿Ni siquiera cuando ambos puedan buscar algo semejante?

—Ni siquiera entonces. Sería poco decente.

—¿Usted es decente, Scarlet?

—Tengo esa debilidad —confesé:

—Entonces, no llegará muy lejos. Creí que para un oficio como el suyo, era preferible no ser demasiado moralista.

—Tengo mi propia moral en muchas cosas. Por ejemplo, yo no considero un homicidio liquidar fríamente a un tipo que haya matado a otras personas. Existe un modo de hacer justicia cuando las leyes no la consiguen. Y ese modo está en nuestras propias manos.

—Ojo por ojo, ¿eh?

—Algo así. Hay mucho canalla que anda suelto por el mundo, riéndose de los demás, por no haber existido quien le ajustara las cuentas en su día. Mi moral me dice que a

semejante gentuza lo mejor es borrarla del mundo de los vivos, como ellos hicieron con sus víctimas.

—Eso es muy reaccionario —objetó ella, parándose ante la puerta de la oficina, donde ya estaba Ginny esgrimiendo una pequeña pistola de calibre 22. Nos observó a ambos con cierta sorpresa, arrugando el ceño.

—Al diablo con lo que es reaccionario —gruñí—. La ciudad es una jungla. El que no despedaza a los demás, termina despedazado. Ah, Ginny, no dispares. Es una posible cliente, después de todo.

—Vaya... —los ojos de Ginny resbalaron sobre los senos de la dama con evidente aire de recelo muy femenino. Luego me miró a mí—. ¿Era ella la que nos espiaba?

—Sí.

—Supongo que tendría un motivo para hacer lo que hizo y luego venir con el cuento de que es una posible cliente...

—A su socio no le caigo bien —rió ella entre dientes.

—Natural —sonreí—. Las mujeres siempre se tienen alguna ojeriza entre sí, sobre todo si cada una de ellas piensa que la otra puede nublar sus encantos.

—Vete al infierno, Slim —se irritó Ginny, mirándome con cara de pocos amigos—. No me preocupa que tu nueva amiga pretenda nublar nada. No me gustaría tener unas tetas tan grandes como las tuyas, después de todo'.

Pensé que mi posible cliente iba a replicarle airadamente, pero optó por callar y sonreír, sin desviar sus ojos de Ginny. Yo tercié rápido, para evitar posibles incidentes:

—Todavía no conocemos su nombre, señorita. Pase, pase, si piensa exponernos su caso de forma adecuada.

—Me llamo Ella Osborn. He sido amante de Morgan Medford.

—Entiendo —asentí, mientras los tres entrábamos en la oficina y yo cerraba la puerta, aunque el gesto de Ginevra era más bien hostil hacia la recién llegada—. Siéntese, por favor. Veo que no le gusta andar con rodeos.

—En absoluto. Por eso vine a verles, aunque luego hiciera esa estupidez de pretender escapar al ser sorprendida escuchando. Le oí mencionar lo del suicidio de Morgan.

—Sí, supongo que tuvo que oírlo —manifestó fríamente Ginny.

—Eso es lo que ellos han contado. Pero es mentira. A Morgan le asesinaron, no es suicidio.

Ginny y yo cambiamos una mirada rápida. Fue ella quien interrogó, tajante, a la recién llegada:

—¿Por qué está tan segura de eso, señorita Osborn?

—Porque sé que le mataron. Y sé quién lo hizo: su esposa. Si prueban eso, sin lugar a dudas, recibirán veinticinco mil dólares en efectivo. Diez mil ahora, y quince mil al finalizar el caso y demostrar la culpabilidad de Vivian Medford.

CAPITULO III

Terminamos de cenar en el pequeño restaurante italiano próximo a nuestras oficinas.

No había podido por menos de invitar a ambas mujeres para que la entrevista fuese menos tensa entre ellas dos. Una cena apetecible y un buen vino, a veces hacen milagros con las personas que no se tienen demasiada simpatía. La cosa resultó, porque habíamos podido iniciar la conversación en la tranquilidad del local, ante un menú típicamente meridional y un excelente vino tinto.

A los postres, abordó Ginny con gran firmeza el asunto básico de aquella reunión nocturna:

—Usted ha dicho que nos pagaría veinticinco mil dólares por probar la culpa de la señora Medford en la muerte de su marido.

—Sí, eso dije.

—Veinticinco mil dólares es mucho dinero. Una fortuna.

—Lo sé. La abonaría gustosa con tal de ver a esa odiosa mujer entre rejas.

—Un asesinato es algo muy serio. Si la señora Medford es culpable, sólo estaría un tiempo entre rejas —la recordé—. Luego iría a la silla eléctrica, señorita Osborn.

—Tanto mejor. Sería el justo castigo a un criminal, ¿no cree?

—Pero supongamos que ella no es culpable —terció Ginny.

—Lo es. Podría jurarlo.

—Escuche, señorita Osborn —replicó mi socio con sequedad—. Tal vez hable en usted el resentimiento, el despecho o los celos, no sé. Pero sea como sea, he dicho que

«supongamos» que ella no fuese culpable de nada. ¿Pretendería usted que nosotros fabricáramos pruebas falsas contra ella para satisfacer su odio personal?

—No, eso no. Sé que ella le mató. Y pagaré por probarlo, es todo.

—Mi socio pretende indicarle que si las cosas no son como usted dice, no habremos hecho nada para ganar esa suma.

—Sé que terminarán probando su culpa. Sostengo mi oferta.

—Y nosotros me temo que tengamos que rechazarla —suspiró—. No podemos cobrar un solo dólar para llevar un caso contra alguien. Somos detectives, no fiscales. Nuestra misión es hallar la verdad, sea cual sea. Y para eso, ya tenemos un cliente que nos paga, aunque no tanto como usted.

—¿No pueden tener dos?

—En un mismo caso, no sería ético, ya se lo dije antes. La persona que nos contrató no desea que la señora Medford sea detenida como culpable, sino que lo sea el auténtico criminal, si es que existe. Eso sí está dentro de la ética.

—Bien. Entonces digamos que les pago para que encuentren al culpable, sin más.

¿Aceptarán en ese caso mi dinero?

—Puede ahorrárselo, compréndalo —dijo Ginny con arrogancia—. Investigaremos con el mismo ardor por su dinero que por el del cliente que ahora tenemos, se lo aseguro.

—Aun así, insisto. Mi oferta está en pie. Demuestren que Morgan Medford no se suicidó. Y que sus asesinos paguen por ese crimen. Como anticipo por ese trabajo, aquí tienen lo que les he prometido.

Extrajo de un bolsillo de su pantalón un papel doblado, de color verdoso. Resultó ser un talón bancario al portador, por valor de diez mil dólares. Lo puso sobre la mesa como si fuese un billete de dólar.

Ginny y yo nos miramos. La tentación era muy grande. Aquel dinero nos sacaba de apuros a ambos. Pero qué diablos, teníamos nuestro concepto de la moral.

—No, Slim —dijo mi socio—. No podemos aceptar, tú lo sabes. Y menos aún, sabiendo que moralmente este dinero es para condenar a alguien que podría ser inocente.

—Ya les he dicho que rectifico mi oferta —insistió Ella Osborn—. Encuentren al culpable. Es igual. Pagaré por esa tarea, sea quien sea; el asesino al final de la investigación.

Enarqué las cejas y la miré, deteniendo la respuesta de Ginny con un gesto.

—Un momento, señorita Osborn —dije—. ¿Por qué nos eligió a nosotros para este asunto? Hay cientos de detectives privados en Nueva York...

—Tienen que ser ustedes. Entre otras cosas, porque su socio inicial, el titular de esa oficina, ha muerto también asesinado. Estoy segura de que lo mató la misma persona que acabó con Morgan: su esposa Vivian.

—Sabe muchas cosas sobre nosotros.

—Delmar me las contó.

—¿Delmar Knox? —gruñí—. ¿El abogado de los Medford?

—El mismo. Somos buenos amigos los dos —sonrió Ella.

—Vaya, veo que no es un abogado muy discreto el tal Knox —censuré acremente—.

¿Ha usado acaso malas artes para sonsacarle?

—Puede decirse que sí —rió, señalando ostensiblemente su muy respetable busto—.

Delmar se derrite ante un par de razones como éstas. Pero no hay nada entre él y yo, que conste. Aunque no sea porque él no lo busque...

—Sí, claro —asentí, ganándome una mirada de Ginny nada amistosa—. Bien, señorita Osborn, lamento que todo sea para nada. Como le dije antes, no podemos aceptar su ofrecimiento, y bien que lo lamentamos.

—Exacto —se apresuró a corroborar mi socio, Feliz por aquella decisión mía—. No podemos hacerlo honradamente, señorita Osborn. No insista, se lo ruego.

—Está bien —suspiró ella, recogiendo de nuevo su cheque con aire desolado—. Pensé que serían algo menos honestos, lo justo para tomarme como cliente. Buscaré a otro detective en la ciudad.

—Será lo mejor que puede hacer —aseguré pagando la cuenta del restaurante y poniéndome en pie—. Ahora deberá disculparnos. Mi

socio y yo tenemos mucho trabajo pendiente...

—Sí, claro, claro —admitió ella con decepción, cuando nos encaminábamos todos a la salida del restaurante—. Cuando descubran que Vivian Medford se deshizo de su marido, lamentarán haber perdido tan tontamente veinticinco mil dólares...

Estábamos llegando a la puerta del local cuando ocurrió.

Vi casi por puro azar cómo el coche oscuro se despegaba de la acera situada al otro lado de la calle y enfilaba de repente hacia nosotros, como si el conductor del vehículo pensara meterse con él en el restaurante. La maniobra me pareció algo rara, y alargué mis manos, tomando por el brazo a cada una de mis compañeras, un segundo antes de

que sucediera lo peor.

El coche viró de súbito, al llegar junto al bordillo de la acera de nuestro lado. Para entonces, Ginny, Ella y yo estábamos en el umbral mismo de la salida, con el escaparate destinado a mostrar las viandas especialidad de la casa a nuestra derecha, y un ventanal con una mesa y clientes a la izquierda.

—¡Al suelo, pronto! —grité, alarmado, al tiempo que tiraba de las dos con violencia, arrojándolas impetuosamente a tierra, cosa que yo también hice sin perder un solo instante.

Estábamos tocando el suelo cuando un huracán de fuego y metal candente silbó sobre nuestras cabezas con un rugido mortífero. Entre el crepitar tableteante de un fusil ametrallador, saltaron en mil pedazos vidrios, cortinas rasgadas a balazos, platos de comida del escaparate y todo cuanto la vorágine de disparos se llevaba por delante, al barrer la fachada del establecimiento.

Sentí que caía blandamente, sobre la muelle almohada de los gigantescos pechos de Ella Osborn, en tanto rugían los proyectiles sobre nuestros cuerpos, destrozando vajillas, pulverizando vidrieras e hiriendo a algunos comensales presentes en el local. Gritos de terror, quejas angustiadas y confusión, se unieron a aquel más pero *rat-at-at-at* del arma automática barriendo la zona.

El coche no llegó a detenerse un solo momento, y desapareció, haciendo chirriar acremente sus neumáticos sobre el asfalto, mientras las últimas balas se incrustaban en el muro y se perdían en el aire de la noche, sin encontrar blanco; alguno.

Permanecí tendido sobre Ella, no por lo confortable de su almohada carnosa bajo mi rostro, sino porque consideré que era lo más prudente hasta ver si, de un modo definitivo, se alejaba nuestro agresor. Miré hacia atrás y vi ensangrentadas a algunas personas tendidas bajo las mesas, entre fragmentos de platos, copas, botellas, y regueros de salsa, queso rallado y *spaguetti*. Un escalofrío de horror me corrió por la espina dorsal, y lamenté no llevar encima mi 38, para intentar, al menos devolver a aquella gentuza parte de su propia medicina.

—Dios mío, ¿qué significa esto? —oí gemir a Ella Osborn, mientras sus senos palpitaban con fuerza bajo mi cabeza.

—Significa que han podido convertirnos a los tres en otros tantos coladores —dije con acritud empezando a incorporarme entre una alfombra de vidrios astillados—. Esa ráfaga iba dirigida contra nosotros, de eso no hay la menor duda.

—Creo que nos has salvado a todos —murmuró Ginny, poniéndose también en pie, preocupada—. Si no nos arrojas al suelo, nos cosen a tiros.

—Le debo la vida —suspiró Ella, dejándose ayudar por mi para ponerse en pie nuevamente. Luego se permitió incluso una sonrisa, para añadir suavemente—: Es curioso: siempre tenemos que andar por los suelos desde que nos hemos conocido, ¿eh, Scarlet?

Asentí, mientras Ginny nos dirigía una mirada ceñuda. Sacudimos al polvo y los vidrios de nuestras ropas, apresurándonos a acudir junto a los heridos. Por fortuna, observé que sólo eran cuatro, y ninguno demasiado grave. Eran rasguños en dos casos, y heridas de bala en otros dos, pero en brazos o piernas, sin aparente gravedad mayor. El dueño del local llamaba ya a la policía y a unas ambulancias, pero pronto asomaron por la calle

dos coches-patrulla, atraídos por el fragor del tiroteo. Uno partió en busca del coche agresor, en lo que me pareció una inútil cacería, y el otro quedó en el lugar del suceso para que los agentes indagasen los hechos.

Esperamos prestar declaración también. Mientras lo hacíamos, Ella Osborn se acercó a Ginny y a mí, puso en mis manos el cheque de diez mil dólares y preguntó, clavando en mí sus grises pupilas:

—¿Qué tal si aceptan un cliente que les paga esta suma a cuenta de sus honorarios profesionales, por descubrir quién intentó *asesinarme* esta noche a tiros?

Miré a la joven del busto agresivo con aire perplejo. Luego, cambié una ojeada con Ginny. Esta se encogió de hombros, estudiando algo irritada a nuestra obstinada amiga.

—Me temo que esta vez no puede haber objeción alguna —admitió—. Está bien, señorita Osborn. La aceptamos como cliente, pero sólo para descubrir quién disparó sobre nosotros y por qué... Eso no atenta a nuestra ética profesional, después de todo.

Y me arrancó suave pero prestamente el cheque bancario de la mano, guardándolo en su propio bolso.

* * *

La casa de los Medford era exactamente lo que podía esperarse de gente como ella.

Una zona residencial tranquila, alejada del centro urbano y sus ruidos, una verja circundante, altos setos, césped bien cuidado con aspersores, piscina y campo de juego para tenis, con pista de tierra batida, así como altos sicomoros elevando sus majestuosas copas frondosas aquí y allí. Todo eso, en torno a un edificio central, alargado y de dos plantas, con muros de ladrillo, base de piedra y tejados de pizarra gris con chimeneas, un anexo para garaje y cobertizo, y una instalación para los perros.

¡Y qué perros!

Ladraron cuando yo me acercaba por el sendero de grava, entre los setos y unos macizos de flores anónimas pero policromadas y bien cuidadas. Eran mastines furibundos y agresivos. Por fortuna, una verja les separaba de mí. Aun así, sus fauces babeantes y sus afilados colmillos, eran todo un indicio. Penetrar en aquella finca de noche, sería algo así como suicidarse. Conté cosa de media docena de ejemplares. Eran grandes y bien alimentados. Pero sin duda estaban también muy bien enseñados contra los intrusos. No me pareció que les cayera yo demasiado bien, pero ellos tampoco a mí.

Les enseñé la lengua, y parecieron entenderlo, porque sus ladridos aumentaron en intensidad y rabia.

El empleado que me escoltaba, erguido como si se hubiera tragado un sable, y vestido como el más impecable de los mayordomos británicos, aunque su acento le había delatado como un nativo de Brooklyn.

—Espere aquí, por favor —me pidió, al llegar a un vestíbulo amplio,

señorial y aburrido, donde unas vidrieras emplomadas, de bello colorido, pretendían con escaso éxito darle un cierto aire severo y europeo, estropeado en parte por un mobiliario más propio del sur de los Estados Unidos.

El mayordomo se retiró sin doblar su espinazo ni un solo instante, y me quedé hojeando unos ejemplares del *Vogue* y de *Esquire*, que reposaban sobre un soporte, bajo

la superficie de una mesita de centro, recordando vagamente la consulta de un dentista.

Observé que varias cabezas de animales feroces decoraban los muros, entre panoplias de armas diversas, desde viejos revólveres de calibre 45, negros y oxidados procedentes de los viejos tiempos del Oeste e incluso de la Guerra Civil, hasta modernos rifles Walther con mira telescópica, propios para caza mayor. Los animales eran, en su mayoría, felinos típicamente americanos: jaguares, pumas y un curioso ejemplar de pantera negra cuyo origen me resultaba más complejo identificar. También había pieles de ocelotes y de lobos, alfombrando el suelo.

Me pregunté quién sería el cazador en aquella casa, mientras esperaba a que la señora Medford, viuda de Morgan Medford, me recibiese. Mi tarjeta de visita era la de la Agencia Conway y Conway, pero ignoraba cómo sería acogido.

Me recibió momentos más tarde, en una biblioteca cercana, repleta de libros y de trofeos de caza. Aquella parecía la casa de un auténtico campeón del safari en muchas partes del mundo. Había animales salvajes sudamericanos y africanos, adornando los muros entre las estanterías. En medio de aquel ambiente cinegético, me esperaba una dama alta, arrogante y severa, que me tendió su mano, blanca y larga, sobriamente enjoyada. La besé ceremonioso, observando que era casi más alta que yo, muy esbelta, de cabello levemente canoso, rostro todavía lozano pese a su cuarentena rebasada sin duda alguna, ojos oscuros y una expresión fría y serena en su gesto, algo distante.

—¿Señor Conway? —preguntó, con seca cortesía, mirándome.

—Solamente su socio, Slim Scarlet —dije—. Mi socio, Brett Conway, ha muerto.

—Oh, lo siento —se expresó con indiferente displicencia que contradecía sus palabras—. Siéntese, por favor, señor... Scarlet.

Añadió mi apellido con cierta perplejidad irónica que me tenía sin cuidado. Estaba ya muy acostumbrado a que la gente tomara con cierto sarcasmo mi nombre familiar, tan poco adecuado.

Me senté, cruzando mis largas piernas y contemplando a la dama mientras ella se acomodaba a su vez frente a mí. Lo hizo con elegancia, y cuando cruzó sus piernas, su larga falda satinada, de un verde pálido, sólo permitió que mostrara sus tobillos. No los tenía nada feos.

—Bien, usted dirá, señor Scarlet —manifestó con calma.

—Verá, señora Medford. Imagino que sabe ya que la firma para la que trabajo fue contratada por su esposo para que descubriera al autor de su muerte...

—Permítame una rectificación —me atajó ella con frialdad—. Fue nuestro abogado quien les eligió a ustedes, por simple azar. Mi difunto esposo no pudo elegir, porque ya estaba muerto cuando se leyó su carta póstuma. En cuanto a su muerte... no tiene el menor sentido investigarla ya. Se suicidó.

—Pero él pensaba que iba a ser asesinado, señora.

—Lo pensaba, sin duda, cuando escribió aquello —suspiró la dama—. Pero luego la realidad cambió las cosas radicalmente: se mató por su propia mano, delante de todos nosotros. No hubo tal asesinato.

—¿Por qué, entonces, imaginaba él que moriría a manos de alguien?

—Lo ignoro, señor Scarlet. Los hechos son inconvertibles, debería saberlo.

—¿La policía ha aceptado el hecho de que fue suicidio?

—Sí, totalmente.

—¿Y el forense?

—También. Recuerde que hubo demasiados testigos del hecho para que quepan dudas: mis sobrinos, mi hijo adoptivo, el mayordomo, el propio señor Knox, nuestro abogado, y yo misma. Son seis testimonios de peso, imagino.

—Entonces, ¿por qué el señor Knox recurrió a nuestra firma para investigar?

—Supongo que por un simple deber de lealtad profesional a su cliente. Y por ética.

Poseía una voluntad póstuma de mi marido. Pensó que debía cumplirla, pese a todo, ya que la muerte fue violenta.

—¿Puede contarme cómo se suicidó su esposo, señora? —indagué.

—Es muy sencillo de narrar. Tan sencillo, como terrible —respiró con fuerza, clavó sus ojos, algo vidriosos ahora, en la puerta por donde habíamos entrado, y añadió con lenti-tud, pareciendo elegir cuidadosamente las palabras—: Estábamos todos aquí reunidos.

Sólo faltaba Morgan en la reunión. No sabíamos si iba a bajar, porque estaba en cama, arriba, algo indispuerto. De pronto, le oímos descender las escaleras, hablando en voz alta, con tono excitado. Nos miramos, sorprendidos, iniciando la marcha hacia la puerta mi sobrino Lamont y el propio Knox. En ese momento, ocurrió la avería.

—¿Avería? —indagué—. ¿Qué avería?

—La de la luz eléctrica. Nos quedamos sin luz. Pero no a oscuras —señaló el ahora apagado hogar de la biblioteca—. Hacía frío y la chimenea estaba encendida. Su claridad era suficiente para alumbrarlo todo. Morgan llegó al umbral antes de que nadie se moviera. Abrió la puerta y se quedó mirándonos. Llevaba en su mano uno de esos viejos revólveres que tanto abundan en esta casa... Nos quedamos sin saber qué hacer ninguno de nosotros. Nos miró, dijo un sinfín de cosas absurdas, con un tono de voz alterado, y alzó su revólver, apoyándolo en su sien. Tratamos de decirle a qué se debía esa pesada broma. Entonces nos gritó con una voz ronca. que yo apenas si podía reconocer como suya normal: «¡Voy a matarme! ¡Estoy harto de todo y de todos!» Y

apretó el gatillo.

Se detuvo. La vi respirar con fuerza, cerrando los ojos, sus manos pálidas se crisparon sobre las rodillas. Ante su silencio, la traté de alentar:

—¿Y bien, señora?... ¿Qué pasó entonces?

—Ya puede imaginarlo —susurró, estremeciéndose. Luego abrió los ojos—. Fue espantoso, Lo último que podíamos imaginarnos es que todo aquello fuera en serio. Yo había llegado a pensar que era una extraña broma macabra de mi marido. Pero cuando estalló la

detonación y vi saltar parte de su cabeza, entre sangre y huesos, yo... ¡Dios mío!

Ocultó su rostro entre sus manos. La oí sollozar. Opté por no decir nada, y la dama prosiguió, sin quitarse las manos de la faz:

—Cayó ahí mismo, en el umbral, sin proferir un grito siquiera. No tuvo tiempo de ello, supongo. Estaba muerto ya cuando tocó el suelo. La bala, luego lo supimos, le había volado parte de la cabeza y rostro, un ojo, la masa encefálica... Tenga en cuenta que era un 45, un Colt Frontier de 1885... Las balas son como obuses, y más a quemarropa...

—Sí. lo sé —suspiré—. ¿Dijo que pensó en una broma de mal gusto? ¿Es que su marido era amigo de bromas por el estilo?

—No, no. Ni siquiera era una persona de buen humor. Pero lo pensé por su tono... Fue una sensación estúpida, lo admito. Parecía fuera de sí, desquiciado... No tenía motivo alguno para hacer lo que hizo, créame.

—Usted dijo que estaba indispuerto. ¿Qué le ocurría, exactamente?

—Oh, nada de particular. Un ligero resfriado y algo de jaqueca... Se quejó de ello por la tarde y subió a dormir un rato. Dijo que posiblemente no bajaría a cenar ni quería que le subieran nada a la habitación. Prefería dormir. Le dejé allí. Y cuando le oímos bajar, soltando imprecaciones, nos extrañamos. Estábamos ya de sobremesa, eran casi las diez de la noche...

—Pues no lo entiendo —confesé—. Si temía ser asesinado, ¿por qué se mató él mismo delante de todos, sin motivo aparente para ello?

—Eso, señor Scarlet, nadie lo ha entendido aún. Quizás por eso. el señor Knox pensó que era mejor seguir las instrucciones postreras de Morgan al respecto...

—Señora Medford, a pesar de todo, hay alguien que me he asegurado que su esposo fue asesinado.

—Lo imagino —me miró fija, fríamente—. Sin duda ha sido esa horrible mujer, la que fue amante de mi esposo... Ella Osborn, ¿no es cierto?

Aunque no me pareció tan horrible como a ella, no discutí la cuestión, limitándome a encogerme de hombros, evasivo.

—No puedo decirle su nombre, porque es un cliente ajeno a esto. Alguien a quien también intentaron asesinar... junto conmigo y con mi actual socio.

—¿Dice que han intenta asesinarle a usted? —se sobresaltó la señora Medford.

—Eso es. Y no sólo eso. A mi antiguo socio, Brett Conway, le asesinaron apenas se hizo cargo del caso. Curioso, ¿no le parece?

—Es horrible... —me miró, acongojada—. Pero no puede tener relación con esto. Ya le dije que fue un suicidio, sin lugar a posibles dudas.

—Señora Medford, ¿tomó su marido algún medicamento que pudiera causarle ese estado de excitación capaz de llevarle a una decisión absurda y fatal? —sugerí.

—No, que yo sepa. Nuestro hijo adoptivo le dio un par de aspirinas, eso fue todo. No era partidario de fármacos.

—Ya. Una pregunta: ¿Qué resultado tuvo la autopsia?

—El lógico y normal: muerte por arma de fuego disparada a quemarropa. Nadie hubiera sobrevivido a semejante acción.

—¿Analizaron su estómago, sus jugos gástricos, sus vísceras...?

—Supongo que no —pestañeó ella—, ¿Por qué habrían de hacerlo? Murió de un disparo, no víctima de ningún veneno, señor Scarlet.

—Tal vez sea preciso hacerle una autopsia más completa ahora, señora —sugerí, algo brusco—. A su esposo pudieron administrarle una droga que le impulsara al suicidio.

Cabe en lo posible, aunque suene a demasiado imaginativo...

—Lamento decirle que nadie podrá hacerle jamás autopsia alguna de nuevo a mi marido, señor Scarlet —me atajó con frialdad.

—¿Puedo saber por qué, señora?

—Claro. Porque, cumpliendo términos de su propio testamento, se le incineró tras el funeral. En estos momentos, de él sólo queda una arqueta con cenizas, ¿comprende? —

dijo una voz femenina, irónica y suave a la vez, a mis espaldas.

CAPITULO IV

Era una muchacha hermosa. Hermosa y burlona. Cínica, diría yo, aunque era la primera vez que la veía y fue una impresión momentánea. Luego comprobaría que no andaba descaminado. Cabellos claros, sin llegar a ser rubios por completo, un sombrero en forma de casquete, pequeño y gracioso, un traje sastre color malva y una cara bonita aunque algo fría, rematando una figura esbelta y algo varonil. Sus zapatos de alto tacón eran de cocodrilo, y las medias satinaban sus bien formadas pantorrillas.

Era ella quien había explicado los detalles funerarios sobre el difunto Morgan Medford, nada esperanzadores para una investigación sobre posibles motivos nada naturales que le condujeran a un estado de enajenación suficiente como para volarse los sesos contra su voluntad.

—¿No vas a presentarme a este hombre tan guapo, tía Vivian? —preguntó enarcando las cejas y contemplándome atentamente, con una sonrisa divertida en sus labios.

—No digas impertinencias, Verónica —la reprochó ella con sequedad—. Es el señor Scarlet, de la firma de detectives Conway & Conway, la que contrató el señor Knox con motivo de esa absurda carta de tu tío Morgan. Señor Scarlet, es mi sobrina Verónica. No la haga demasiado caso en las cosas que dice.

—Tengo que hacérselo en lo relativo a mi belleza varonil —sonreí, guiñando un ojo a la muchacha—, Pero me pregunto si también habré de creer lo que dice sobre el señor Medford y su funeral...

—Por desgracia, así es —suspiró la dama moviendo la cabeza—. Nunca he sido partidaria de incineraciones. Morgan pensaba distinto, aunque nunca lo manifestó de palabra. Mi sobrina le ha informado bien.

—Me cae usted simpático, Scarlet —confesó la joven, acercándose a mí—. Es el primer detective privado que conozco. Pero no se parece a Humphrey Bogart ni a Robert Montgomery... (1).

(1) Los dos actores interpretaron en los años cuarenta a un mismo personaje: el detective privado por antonomasia, típico de la «novela negra en las versiones respectivas de Dashiell Hammett (Sam Spade), y de Raymond Chandler (Philip Marlowe), si bien Bogart también interpretó a Marlowe a su vez. (Nota del

Autor.)

Se sentó en el brazo de un sillón, junto a su tía, y encendió un cigarrillo caro, con un encendedor todavía más caro, cuyo dorado me pareció sospechosamente parecido al oro de veintidós kilates. No se molestó en ofrecerme uno.

—Hollywood todavía no se ha fijado en mi propio estilo para llevarlo al cine —sonreí—

. Pero todo se andará.

—Si logra probar que lo de mi tío Morgan fue un asesinato, conseguiría algo más que eso —comentó ella sarcástica—. Le nombrarían el mejor detective del año, de eso no hay duda. Nunca vi un crimen en el que la víctima se pegara un tiro ante testigos, apretando ella misma el gatillo.

—Puede haber distintas versiones para explicar eso —objeté, encogiéndose de hombros.

—Dígame una, por ejemplo —me desafió, exhibiendo la puntita de su lengua entre los labios.

—Le diré dos, señorita Medford —repliqué—. Pudo actuar bajo hipnosis. O haber ingerido una droga que alteró sus facultades mentales y le empujó al suicidio.

—Cielos... —abrió mucho los ojos, aunque las pestañas se le pagaban a causa del exceso de rimmel—. Me deja boquiabierta. Creí que esas cosas sólo ocurrían en las viejas historias-truculentas.

—Ya basta, Verónica —la reprendió con aspereza su tía—. Estamos hablando seriamente, no quiero más bromas sobre todo esto. ¿He respondido a sus preguntas, señor Scarlet?

—Sí, señora Medford. Me temo que sí. No podemos ya averiguar lo que le pasó a su esposo realmente. Nadie puede hacer la autopsia a un montón de cenizas.

—De veras lo siento. Pero no creo que encontrara nada especial. Es posible que Morgan no pudiera soportar el fracaso de sus proyectos y eso le condujera a la depresión que le hizo matarse.

—¿Qué proyectos le fracasaron, exactamente? —me interesé vivamente.

—Negocios —musitó ella, con un gesto de fatalidad—. Pensó que lo de Río funcionaría. Y no fue así, por desgracia.

—¿Qué es «lo de Río», señora Medford?

—Una sucursal de nuestras empresas importadoras. Morgan confiaba mucho en eso.

Por desgracia, no resultó. En mi último viaje a Brasil, pude comprobar personalmente que aquello no funcionaba. Estamos a punto de liquidar esa sucursal definitivamente, tras sufrir pérdidas por valor de bastantes miles de dólares. La idea de Morgan fue equivocada, y él lo sabía. Eso le afectó mucho.

—Si tío Morgan hubiera perdido sólo su dinero, no hubiese ocurrido nada —terció Verónica con aire aburrido, soltando una bocanada de humo en espirales a través de su boquita formando un mohín redondo—. Pero arriesgó también parte del capital de tía Vivian. Y eso no pudo soportarlo.

—¿Usted invirtió dinero suyo en el negocio que él planeó? —quise saber, sin dejar de mirar a la viuda.

—Sí. Todo parecía tan factible... Fue un error por mi parte, él no tuvo culpa en eso.

Ambos teníamos nuestros propios capitales independientemente. Aunque admito que últimamente, no sólo el negocio de Río funcionó mal, sino otros que tengo aquí, en los Estados Unidos.

—¿De modo que su fortuna personal pasa por malos momentos? —sugerí.

—Así es —suspiró—. Se lo puedo decir cualquiera que sepa de finanzas, acciones en Bolsa y todo eso, señor Scarlet, no es ningún secreto.

—Entiendo. ¿También la situación del señor Medford era mala en ese terreno?

—No, no —rechazó ella—. Morgan conservaba una gran parte de su fortuna personal.

—¿Quién heredará?

—Su hijo adoptivo y yo, en partes iguales —me dijo, arrugando el

ceño, con cierta frialdad en sus ojos, muy fijos en mí—. Si algo nos sucede a uno de nosotros dos, pasa íntegramente al otro.

—¿Y si les ocurriese a los dos?

—Sería para mis dos sobrinos, Verónica y Lamont.

—Entiendo —suspiré, poniéndome en pie—. Bien, señora Medford, creo que no hay

mucho más que preguntarle. Le agradezco su ayuda sinceramente. ¿Podría responderme a una última cuestión?

—Si está en mi mano...

—No puedo saberlo. ¿Alguien de su familia posee relación con gente capaz de ametrallar a otras personas en plena calle, al estilo Chicago años veinte?

—Señor Scarlet... —me miró con aire ofendido, se incorporó casi majestuosa, pero pese a la acritud solemne de sus palabras, creí notar cierto destello de inquietud y sobresalto en sus pupilas—. ¿Qué clase de familia cree usted que es la nuestra? No mantenemos contacto alguno con personas que no sean de la mejor condición social, se lo aseguro.

—Gracias, señora —me incliné, cortés—. Es cuanto quería saber. Después de todo, alguien anda por ahí matando a la gente con un 38 en la mano. Y cuando eso falla, utilizan una Thompson automática capaz de disparar cien tiros por minuto. Curioso,

¿no?

Me incliné, cortés, iniciando la salida. Verónica saltó de su asiento, aplastando el cigarrillo en un cenicero, y se apresuró a decirme, mientras se movía hacia mí con paso rápido:

—Le acompaño, señor Scarlet. Me da ilusión hablar con un auténtico detective privado.

Salimos juntos de la estancia. Caminamos hacia la puerta. Sin mirarla, indagué:

—¿Seguro que viene conmigo sólo por hablar con un detective?

—No —rió—. Sabía que se daría cuenta de eso. ¿Siempre se da cuenta de lo que están pensando los demás?

—Forma parte de mi trabajo —confesé aburrido—. ¿Qué quiere decirme?

—Tía Vivian le mintió. Hay un miembro de la familia que tiene relaciones con gente que usa pistola y ametralladoras. Gángsters, ¿no les llaman así?

—Tienen diversos nombres. ¿Quién es esa persona?

—Mi hermano Lamont.

—Vaya... —la miré ahora de reojo—. ¿Por qué me lo cuenta?

—Creo que es lo justo que sepa toda la verdad. Es algo que avergüenza a tía Vivian y a toda la familia, pero no creo que ocultarlo conduzca a nada. Usted me parece de esa clase de tipos que siempre averiguan lo que quieren.

—Me tiene en muy buen concepto, señorita Medford.

—Por favor, no sea ridículo. Llámeme sólo Verónica. Soy más joven que usted.

—Sí, ya lo veo. ¿Por qué su hermano tiene semejantes amistades?

—Cosas suyas. Le gusta el juego. Se mete en garitos de mala nota. Muchas veces ha salido difícilmente de apuros, gracias a tío Morgan o a tía Vivian. Deudas y todo eso, ya sabe. Pagarés que debe abonar, o le pegan primero una paliza y luego le matan a tiros en cualquier callejuela.

—Conozco la especie. Muchos jóvenes de buena sociedad se meten en líos. Le oí hablar con un tal De Kowa por teléfono hace pocos días, cosa de una semana antes de matarse tío Morgan.

—De Kowa... —reflexioné—. Hay un De Kowa metido en negocios de juego ilegal. Se llama Vincent De Kowa y su reputación es pésima.

—De ése se trataba. El le llamaba «Vince» por teléfono. Le pedía un poco más de tiempo para algo, no sé qué. Al menos diez o quince días.

—¿Se los concedió?

—No lo sé. Cuando colgó y salió de la biblioteca, estaba lívido, sudoroso. Y le temblaban las manos.

—Ya. ¿Sigue en igual estado últimamente?

—No. Parece más calmado. Desde que murió tío Morgan, se le ve algo más sereno.

—Curioso —rezongué—. ¿Qué opinaba su tío de esos asuntos del juego?

—Tío Morgan no hubiera ayudado jamás a Lamont en esas cosas. Era muy severo en ciertos aspectos. Pero tía Vivian es distinta. Siempre recurrió a ella. Mi hermano siempre ha sido débil, mimado. Perdimos a nuestros padres hace años, en un accidente aéreo.

—¿Sus padres eran Medford también?

—No, Kibee, como tía Vivian. Nuestro padre era un Kibee. Tío Morgan sólo tuvo un hermano, al que dio por muerto durante varios años. Pero últimamente apareció, sano y salvo. Era un bala perdida, a lo que se ve. Yo no he llegado a conocerle aún. Tío Morgan le dio un empleo en la factoría de Río de Janeiro y creo que reside allí y hace frecuentes viajes comerciales por toda la América latina. De eso hace sólo un año. Fue una sorpresa para todos que tío Barnaby apareciese con vida. Le habían dado por devorado por los nativos de Nueva Guinea diez años atrás, pero debe ser una buena pieza, y resultó un bocado demasiado duro para los caníbales.

Asentí, pensativo, deteniéndome en la salida de la mansión de los Medford. Verónica lo hizo junto a mí. Puso una mano en mi brazo.

—Me alegró conocerte, Scarlet —me tuteó con desparpajo—. Me podría volver loca por ti, si no fuese porque no me gustan demasiado los hombres, ¿entiendes?

Claro que entendí. Ahora tenía explicación aquel aire suyo, algo varonil. Era una lástima, pensé. Una chica como Verónica podía hacer feliz a cualquier hombre.

—Bueno, nadie es perfecto —sonreí, besándola en una mejilla como besaría a mi hermana—. Si alguna vez cambias de gustos, no te olvides decírmelo.

—Serás el primero en saberlo, palabra —le brillaron los ojos, y buscó mi boca, besándome como si yo fuese Bogart y ella Lauren Bacall. Pero su beso tenía cierto regusto entre cínico y morboso. No me excitó. Al separarse, sonreía—, ¿Lo ves? No vibras. No te emocionas, Scarlet. Yo tampoco. Falta esa chispa eléctrica que hace de estas cosas algo candente...

Ella tenía razón. Era una lástima. Le di una palmadita y salí al exterior. De inmediato lo lamenté. Sentí un golpe brutal en el hígado, me doblé sin aliento, sintiendo que todo daba vueltas a mi alrededor, y caí de rodillas, tosiendo secamente, entre jadeos. Otro golpe me alcanzó en el hombro, dando la impresión de que me hacían astillas, la clavícula, y un dolor agudo corrió hasta mi codo derecho, dejando mi mano inútil para replicar a aquella absurda paliza que se me veía encima. De forma borrosa, creí advertir que una especie de bate de béisbol se me venía encima para partirme el cráneo.

—¡No. Sidney, estúpido! ¡No hagas eso! ¿Es que te has vuelto loco? —gritó la voz de Verónica, al tiempo que se interponía su figura entre el mazo y yo, providencialmente.

—¡Déjame que lo mate! —gruñó una voz áspera y chillona—, ¡Deja que liquide a ese bastardo de una vez por todas!

Hubo un forcejeo entre Verónica y mi agresor. Logré incorporarme, casi sin aliento, con el brazo derecho colgando inútil, pero siempre he sabido utilizar la zurda para ciertas cosas.

El tipo que esgrimía el bate de béisbol para pegarme, apartó de un violento empujón a Verónica, y se dispuso a zurrarme de nuevo. No le dejé esta vez.

Le solté un zurdazo impresionante, como los que acostumbraba a disparar durante las peleas de entrenamiento en el gimnasio, cuando era un mozalbete con sueños de campeón de boxeo.

Le atiné de lleno en el mentón. Oí crujir su hueso, y también mis nudillos. Emitió un chillido ronco, soltó el bate, y salió proyectado hacia atrás, hasta estrellarse en un seto, entre cuya hojarasca se derrumbó. Furioso, pegué un puntapié al bate, alejándole de mí.

y avancé decidido hacia mi adversario, para darle un poco más de su propia medicina

—No, Scarlet, no sigas —me rogó Verónica, interponiéndose de nuevo—. Te lo ruego.

No merece la pena.

—¿Que no merece la pena? —rezongué—, ¿Sabes cómo me ha puesto el hígado y el hombro ese hijo de zorra?

—Claro que lo sé. Merecería que me borraras la cara a golpes, pero te

repite que no merece la pena. No adelantaría nada. El, en realidad, no tiene nada contra ti.

—Pues si llega a tenerlo, me mata —gemí, sin entender nada—. ¿Quién es ese vándalo?

—Mi primo Sidney. Sidney Medford, el hijo adoptivo de tía Vivian y tío Morgan. Es... es claro caso de subnormalidad. Sufre crisis histéricas y epilépticas. Mira ahora mismo...

¿Lo ves más claro?

Miré. Y asentí, aunque eso no me tranquilizaba del todo. El tipo del bate estaba revolcándose entre el seto, presa de un ataque. Sus piernas y brazos se agitaban con violencia, echaba espuma por la boca y tenía los ojos vidriosos. Había palidecido, y tenía la cara de un cerdito pintado de blanco. No supe si podía tener dieciocho o cincuenta años. Era gordito, fofo y con cara de estúpido. No me dio pena a pesar de su crisis. Tenía la fuerza de un caballo para su aspecto físico.

—Será mejor que te vayas —me aconsejó Verónica—. Avisaré a tía Vivian y al doctor.

Esto le ocurre a menudo.

—¿Y por qué me pegó? —quise saber.

—Es agresivo cuando sufre alguna crisis. No le gustan los desconocidos. Dice que vienen a hacerle daño. Cuando teme a alguien, llega a odiarle irracionalmente. Tío Morgan sabía mucho de eso.

—¿Le odiaba acaso a él?

—Con toda su alma —le miró, compasiva—. Es un pobre diablo, y tío Morgan era muy duro con él. En realidad, nunca le quiso. Fue idea de tía Vivian adoptar a un niño al saber que no podía tener hijos. Pero no tuvo suerte. Tras la adopción, Sidney sufrió una meningitis... y éstos son los resultados. Ahora vete, te lo ruego.

Pensé que era lo mejor, porque no me gusta ver ataques epilépticos. Y si aquel desgraciado se recuperaba, lo mismo era capaz de aplastarme la cabeza.

Abandoné la casa, tras anotar algunas cosas en mi agenda. Pisaba la acera de la avenida, bordeada también de sicómoros, cuando una dura, fría voz, me invitó desde la

portezuela de un coche que acababa de pegarse al bordillo de la acera:

—Entre. Scarlet. Entre y no trate de negarse a ello o le costará caro.

CAPITULO V

No se trataba de un secuestro, como imaginara en principio, en un alarde de imaginación. Cuando reconocí el rostro de *bulldog* del teniente Warren, de Homicidios, comprendí que se trataba solamente de una conversación más o menos amistosa con el policía a quien le debía mi baja del censo de detectives privados de la ciudad de Nueva York.

Entré, me senté a su lado, y él cerró, ordenando a su conductor que siguiera rodando sin rumbo fijo mientras charlábamos. Le miré de soslayo, con ironía.

—¿Esto es una detención en toda regla, teniente? —quise saber.

—Si fuera una detención se lo habría dicho, Scarlet —rezongó él malhumorado—. Y

estaría esposado.

—Entonces, ¿a qué debo el honor de su invitación?

—Tampoco le he invitado a nada. Le he ordenado que entrase, Scarlet.

—Eso no es legal. Sabe que no estoy obligado a obedecer órdenes de nadie, a menos que vayan respaldadas por alguna razón oficial...

—Cierre su pico asqueroso de una vez, o le empapelaré de verdad, de una vez por todas, acusándole de un montón de cosas. ¿O cree que puede ir por ahí, ejerciendo de detective privado, cuando carece de licencia para ello?

Me había pillado, pero fingí no preocuparme. Me limité a hundir la barbilla en el pecho y respirar todo lo bien que mi dolorido hígado me lo permitía.

—Yo sólo trabajo para la agencia Conway & Conway como empleado —objeté—. La señorita Miller es ahora su propietaria legal, y yo hago trabajos para ella, es todo.

—Está mintiendo —me atajó fríamente el teniente—. Acaba de salir de visitar a los Medford y se ha presentado a ellos como detective privado. Por ejercer sin licencia ese trabajo puedo meterle en la cárcel y le costará salir de ella bajo fianza un dinero que usted no tiene. Por añadidura, anoche estuvo mezclado en un tiroteo con heridos,

ocurrido en un restaurante céntrico...

—Ese tiroteo pudo haberme convertido en fiambre, teniente. ¿Es que es un delito, encima, resultar tiroteado por uno de esos pistoleros que usted y su gente dejan circular por su ciudad con la mayor impunidad?

Encajó las mandíbulas y me contempló como si yo fuese una apestosa mofeta metida en su coche. Soltó las palabras como si las mordiera antes de escupirlas:

—Lo que quisiera saber es en qué anda metido que en poco tiempo intenten matarle varias veces, después de haber sido asesinado su antiguo socio, Brett Conway, y que visite a una gente cuyo cabeza de familia se voló la cabeza de un disparo en el más absurdo suicidio del que oí hablar jamás —masculló—. Si es buen chico y me cuenta lo que pasa, es posible que me olvide de sus torpezas y no le encarcele. De modo que desembuche cuanto antes todo lo que sabe.

—Pero, teniente, le aseguro que no sé nada de nada, que Ginevra Miller es quien puede...

—Scarlet —me avisó, sacando las esposas de su bolsillo—. Le leeré primero sus

derechos y luego voy a...

—Está bien, está bien —alcé mis manos, presuroso, y acto seguido le relaté todo lo que sucediera hasta el momento de recibir los dos golpes a manos del desagradable hijo adoptivo de los Medford. Pero sin revelarles que Ellen Osborn era ya cliente nuestra.

Me escuchó en silencio, frotándose el mentón. Luego guardó las esposas.

—Todo eso carece de sentido, Scarlet —gruñó—. Si se trata de un suicidio tan claro,

¿por qué intentaría nada matarle a usted cuando ni siquiera se ocupaba del caso, y por qué asesinaron a Conway apenas se hizo cargo de ese asunto?

—Es lo que yo me pregunto —corroboré.

—Es posible que investigando ese suicidio, se puede llegar a algún otro feo asunto que no guste a alguien.

—Es posible. Recuerde que el joven Lamont tiene relación con un gángster peligroso, como es Vincent De Kowa. Recuerde también que el hijo adoptivo de los Medford odiaba a su padre. Y, sin embargo, le dio dos aspirinas la tarde misma de su muerte.

—¿Y eso qué? —me miró fijamente el policía.

—Nada —me encogí de hombros—. Insisto en que Medford pudo ser drogado para que se matara. Pero eso ya nunca podrá probarse al no existir cadáver.

—Sólo dos personas se benefician con su muerte: el hijo adoptivo y la viuda.

—Así es. Por tanto, las sospechas de nuestra... de la cliente de Ginevra Miller, la señorita Osborn, resultan razonables bajo ese punto de vista.

—Hablemos de usted, Scarlet. ¿Por qué intentaría nadie asesinarle?

—No lo sé. Quizás pensaron, por mi relación anterior con Brett Conway, que yo podía mezclarme en el asunto, saber algo de todo ello... Imagino que Conway descubrió algo, o estaba a punto de descubrirlo, y alguien evitó que siguiera adelante. En cuanto al tiroteo de anoche, no puedo saber si iba por mí, por Ginevra... o por Ella Osborn. O tal vez por los tres al mismo tiempo.

—Es un condenado enredo, Scarlet. Pero no puedo apartar a usted o a su amiguita Ginevra del caso, porque oficialmente no hay otro homicidio que el de Conway, y ustedes están investigando el caso Medford.

—Le aseguro, teniente, que no volveré a mover un dedo mientras carezca de mi licencia —manifesté con mi tono más humilde posible.

—Es usted un maldito embustero —me soltó Warren—. Sabe que hará todo lo contrario en cuanto yo vuelva la espalda. Y acabará metido en un lio hasta el cuello. Me da pena de su situación, aunque no creo que debiera ser tan blando con usted. Tome, Scarlet. Su licencia. Y su permiso de armas.

Me tendió ambas cosas, tras sacarlas de su bolsillo. Me quedé de una pieza.

—No me diga que me los devuelve... —balbuceé.

—Sólo con una condición —me atajó—. Que colabore con la policía

en todo, que no oculte prueba alguna, que me informe de inmediato si descubre alguna evidencia de que hubo algo más que un simple suicidio en la muerte de Morgan Medford... y que se mantenga estrictamente dentro de las limitaciones que le impone su profesión, sin intentar en ningún momento convertirse en el héroe de la aventura.

—Se lo prometo, teniente.

—Si falta a esas condiciones, peor para usted. No me conformaré con volverle a

despojar de todo esto, sino que iré derecho a una celda, con tan serias acusaciones que incluso le costará salir bajo fianza. Ahora, ya está advertido. Haga uso prudente de su licencia, y no vuelva a crearme problemas con gente influyente. Los Medford son una familia de las mejores de esta ciudad, y tienen amistad con senadores y gente de influencia en Washington. De modo que pise con cuidado, o dará un nuevo resbalón de cuyas consecuencias le iba a resultar muy difícil librarse.

Recogí mis documentos casi sin creer posible que volvieran a mis manos, y el teniente ordenó parar a su conductor. Me abrió la portezuela.

—Ahora, baje —me invitó—. Espero que nos veamos pronto y pueda darme algo más que simples deducciones y teorías, Scarlet. Buena suerte.

—Gracias, teniente —dije, viendo partir el coche.

Y me encaminé rápidamente en busca de un taxi, para regresar a la oficina y contarle a Ginevra lo que había sucedido.

Entré con tanto ímpetu en la oficina, que ni siquiera me di cuenta de que mi nueva socia no estaba sola en ese momento. Cuando quise advertirlo, ya era tarde.

Una potente pistola automática, ^e calibre 44, me encañonó desde la mano enguantada de un tipo con abrigo negro y sombrero flexible, cuyo rostro recordaba el de los conductores de coches fúnebres.

Ginevra, desde su asiento, se limitó a mirarme con cara de circunstancias, mientras el otro individuo que estaba ante ella, ataviado con un elegante abrigo de pelo de camello con cinturón y travilla, sombrero flexible de color marengo y gafas de vidrios

ahumados, grandes y excéntricas, se volvía hacia mí, con suave sonrisa bajo su fino bigotito a lo Ronald Colman, para decirme con frialdad untuosa:

—Bien venido a su casa, señor Scarlet. Ahora podremos charlar todos juntos, amigablemente. ¿Prefiere eso, amigo, o que vayamos tomándole medidas para su ataúd?

* * *

La alternativa, evidentemente, no ofrecía demasiadas dudas. Cambié una mirada apurada con Ginny, que estaba lo bastante asustada como para no darse siquiera cuenta de que su falda se le había remontado hasta descubrir el ligero y una franja de muslos sin medias, y respondí lo más apaciblemente que pude:

—Le aseguro que lo de! ataúd no me seduce lo más mínimo. Siempre he sido muy amigo de charlar con la gente.

—Eso está bien —aprobo el tipo con aire melifluido, jugueteando entre sus manos con un par de guantes de cabritilla flamantes—. Sinceramente, a mí tampoco me gusta tomar medidas para algo que no sea un buen traje o un abrigo a la última moda. Su socio, la señorita Miller, se estaba mostrando hasta ahora muy cortés conmigo.

—No hay por qué dejar de serlo. ¿Es necesario que su amigo nos esté encañonando con ese trasto?

—Quizás no —humedeció sus labios y se volvió a su esbirro—. Césare, guarda tu pistola, ¿quieres? Al señor Scarlet le ponen nervioso las armas de fuego...

—Claro, jefe —asintió el pistolero con una risita, metiendo el pistolón bajo su chaqueta, en la axila izquierda—, Pero *il signore* Scarlet debería recordar en todo momento que puedo empuñarla en menos de medio segundo si me obliga...

—Estoy seguro, Césare, que nuestro buen amigo recuerda eso sin ninguna dificultad,

¿no es cierto? —me consultó, volviéndose a mirarme a través de sus gafas.

—Por supuesto —asentí—. Hasta hace poco era un detective sin licencia y sin permiso de armas. Ahora tengo ambas cosas. Pero no el arma.

—¿De veras? —se sorprendió Ginny—. ¿Te lo devolvió el teniente Warren?

—sí es —afirmé—. A cambio de una estrecha colaboración con la División de Homicidios. El teniente está muy interesado en saber quién disparó anoche en el restaurante. Creo que va a volver del revés esta ciudad como si fuese un calcetín en busca del ametrallador.

—No me mire a mí, Scarlet —cortó con frialdad el hombre del bigotito—. Cuando Vincent de Kowa quiere eliminar a alguien, no hace tanto ruido para nada, se lo aseguro.

—Vaya, si es el propio señor De Kowa —suspiré—. Debí imaginarlo. ¿Ya ha resuelto sus problemas con usted el joven Lamont Kibee?

—Veo que está muy bien informado sobre ciertas cosas —suspiró De Kowa.

—Usted también. Si no, no estaría ahora aquí.

—Me gusta estar bien informado. Una discreta vigilancia sobre ustedes dos me ha servido para saber que estaba en casa de los Medford hoy. Aproveché el momento para venir a visitar a su bello socio.

—El señor De Kowa no había proferido amenazas aún —me explicó Ginevra—. Pero expuso muy claramente que quería saber por qué nos mezclamos en los asuntos de los Medford.

—¿Se lo has dicho?

—Sí. El difunto Medford es nuestro cliente. Un cliente algo raro, pero cliente a fin de cuentas. Hemos recibido un dinero por Investigar su muerte, y es lo que estamos haciendo. Eso ya lo sabe el señor De Kowa.

—¿Por qué tanto interés por los Medford? —quise saber, mirando al gángster.

—Eso no es asunto suyo —cortó, glacial—. Digamos que mi buena amistad con un miembro de esa familia me mueve a interesarme por este asunto. ¿Le basta eso?

—No. Pero supongo que no va a decir más.

—Acertó. Es usted quien debe hablar, no yo. Vamos, Scarlet, cuéntame lo que sepa sobre todo esto. Me gusta ser cortés con la gente, pero no

abuse de mi paciencia.

—Le aseguro que no pienso hacerlo. Pero es poco lo que puedo contarle. He visitado a los Medford, como usted sabe, y he descubierto muy poca cosa: que hay numerosos testigos del suicidio de Morgan Medford, no por ello menos absurdo e inexplicable, que sus negocios en Río iban mal, pero que actualmente poseía más fortuna que su esposa, cuyos negocios tampoco han ido muy boyantes últimamente. Que el hijo adoptivo de los Medford es un enfermo mental agresivo y rencoroso, que el único medicamento que tomó Medford el día de su muerte le fue administrado por él precisamente, que su cadáver fue incinerado, lo que anula toda posibilidad de repetir la autopsia, hartó

incompleta en su día, y que el joven Lamont, sobrino de los Medford, juega mucho y pierde más aún, cosa que usted sabrá mejor que nadie. Si añadimos a eso que la bella Verónica, la sobrina, es lesbiana declarada, y que la señora Medford no está de acuerdo con su propio abogado, Delmar Knox, en haber llevado el caso de su marido a una agencia de detectives, cumpliendo el deseo del fallecido, le habré relatado todo cuanto sé.

Seguramente, nada que usted ignore.

—En efecto. Y por lo tanto, no hay ningún elemento nuevo que permita sospechar que Morgan Medford murió asesinado.

—Así es, lo admito.

—Entonces, ¿por qué no dejan el caso de una vez por todas? Están investigando algo que no tiene lógica. Cuando Morgan escribió esa carta, pensaba que podría matarle alguien. Si luego fue él quien puso fin a su vida, no tiene sentido que se empeñen en investigar nada. Sería como dar vueltas y vueltas en círculo.

—Para ser así, usted parece muy interesado en que lo dejemos, De Kowa.

—Digamos que tengo intereses que podrían verse afectados si las cosas se remueven demasiado por culpa de la muerte de Medford —sonrió el gángster fríamente—. Es suficiente motivo para que me preocupe en impedir nuevas pesquisas.

—Si nosotros dejáramos el caso, el abogado Knox se lo llevaría a otra agencia, sin duda alguna —terció Ginevra—. Y perderíamos nuestros honorarios, sin beneficio alguno para nadie. ¿O piensa seguir intimidando a otros detectives de la ciudad?

—Señorita Miller, yo no intimido a nadie —cortó con acritud De Kowa—. Sólo he venido a hablar. Olviden la pistola de mi amigo. Digamos que me gusta ponerme en razón y les ofrecería hasta cinco mil dólares por dejar el asunto ahora mismo. Creo que la suma les compensaría del todo de la oferta recibida por parte de Delmar Knox.

Ginny y yo nos miramos, sorprendidos, mientras con toda parsimonia, el hombre del bigotito y las gafas extraía de su chaqueta una billetera de piel de serpiente, de la que empezaron a brotar billetes de mil dólares, en número de cinco. Confieso que era la primera vez que veía un billete de ese valor. Nunca había creído que existieran realmente. Y vaya si existían.

—No —rechacé con brusquedad, sin esperar a la opinión de mi socia—. Guarde su dinero. De Kowa. No hay trato.

—¿Qué es lo que dice? —los ojos centellearon tras las gafas—. Supongo que no lo ha meditado bien...

—Lo he meditado perfectamente, De Kowa. Y mi decisión, es firme. Seguiremos adelante con esto. No porque la muerte de Medford parezca otra cosa que suicidio, sino porque alguien mató a nuestro antiguo socio, Brett Conway, en cuanto se hizo cargo de este asunto. Es esa persona quien cuenta para mí, ¿lo entiende? No cejaré hasta dar con el que apretó el gatillo, asesinando a mi viejo amigo. Y de momento, ese criminal sólo parece estar relacionado con el caso Medford. Lo siento, De Kowa.

—Yo también —manifestó él, helado, guardando de nuevo los billetes—. ¿Sabe lo que puede ocurrirle si se pone contra mí, Scarlet?

—Sí —afirmé—. Que me tomará medidas para el ataúd, como dijo antes. Y que puede enviarme a uno de sus esbirros, Césare o cualquier otro, para meterme plomo

en el estómago hasta indigestarme. Pero sólo eso me apartará del caso, créame. No le temo a usted ni a nadie. Ordene disparar a su amigo, y acabemos de una vez. Si no.

márchese de aquí y elija otra forma de convertirme en un colador. Ya empiezo a estar acostumbrado a servir de blanco a la gente.

Vincent De Kowa me estudió durante unos momentos en silencio. Parecía algo desconcertado. Su amigo Césare tenía la mano sospechosamente hundida en su negro abrigo. Pero no ocurrió nada.

—Admiro el valor en los hombres, Scarlet —confesó al fin el gángster—. Voy a respetar su decisión. Mientras no me moleste directamente a mí o a mis negocios, le dejaré en paz. No tengo nada que ver con esos atentados que ha sufrido ni con la muerte de Conway, se lo aseguro. Pero sí le aviso que en cuanto me importune con sus pesquisas, recibirá un serio aviso. Y no habrá dos. El segundo y definitivo será su propio fin. De modo que si quiere gozar de larga vida, no se meta conmigo en ningún momento.

En otro caso, hágase un seguro de vida y juegue a los héroes. Esto no es una mala película de policías y bandidos, Scarlet, recuérdelo. Vamos, Césare. Creo que el amigo ya está bien avisado...

Dio media vuelta con arrogancia, y abandonó la oficina. Césare nos dirigió una mirada asesina, lamentando quizás no poder probarnos su habilidad con el gatillo, y ambos hombres se alejaron momentáneamente de nuestras vidas.

—Uf... —resoplé, precipitándome sobre el archivador—. Necesito un trago.

Encontré el frasco-petaca de bourbon que acostumbraba haber siempre allí, y eché un largo trago antes de sentirme mejor. Ginny me miraba con admiración.

—Estuviste muy valiente, Slim —me elogió—. Eres todo un tipo.

—Un tipo asustado —resoplé—. Temí que notara el miedo que tenía al hablar...

—Te aseguro que no se notaba —rió Ginny—. Hasta a mí me engañaste. Parecías un personaje de película.

Tomé otro trago, guardé el frasco en el archivador y moví la cabeza con desaliento.

Cuando encendí un cigarrillo, mi mano no era demasiado segura.

—Al infierno con los personajes de película. Aquí quisiera verles yo... —fue mi ácido comentario, mientras escudriñaba la calle desde la ventana, y veía despegarse de la acera un largo coche negro, sin duda el vehículo de Vincent De Kowa y su fiel esbirro Césare.

Me pregunté qué podría temer un tipo como aquél de la profundización de las investigaciones en el asunto Medford, y no lo vi del todo claro. Si se trataba solamente de los problemas de deudas de

Lamont Kibee, me parecía demasiado poco para que un tipo como aquél se arriesgara a salir a la superficie con amenazas y pistolas al aire.

Casi al momento, dejé de pensar en todo eso. Otro coche, tan discreto como el primero, brotó de una bocacalle cercana, emprendiendo silenciosamente marcha en pos del primer automóvil.

Estuve seguro de que este último era un vehículo de la policía. O De Kowa o nuestras oficinas, era vigilada por los hombres del teniente Warren. De modo que si era así, ya sabía que el gángster había estado a vernos. Quizás el propio De Kowa, que no era ningún tonto, sospechaba ya algo así, y por eso se había mostrado más suave de lo

previsible en un tipo de su catadura.

—Y bien, querido Slim, después de todo lo que has contado, ¿a qué conclusión llegaste? —quiso saber Ginny, acercándose a mí.

—A ninguna concreta —gruñí—. El asunto es un buen lío, se mire como se mire, querida. Ni siquiera podemos estar seguros de que Morgan Medford se suicidase. Pero tampoco de que alguien le matara mediante algún sofisticado sistema imposible de probar ahora que no cabe la posibilidad de una nueva autopsia exhaustiva.

—Según eso, creo que nunca cobraremos los dos mil dólares por el documento de Morgan Medford, ¿no es así? —suspiró Ginny.

—Eso nunca se sabe. Lo cierto es que hay algo raro en la familia Medford. Sea ello lo que sea, podría resultar la clave de esa muerte extraña y nada clara.

—¿Y qué podemos hacer ahora? ¿Cuál será el paso siguiente?

—El tuyo, no sé —suspiré—. El mío, hacer un viaje a Río de Janeiro...

CAPITULO VI

Ginny me pellizcó cuando la mulata pasó por mi lado.

—Deja ya de mirar los jraseros de las brasileñas —se irritó—. O me obligarás a que yo también menee mis nalgas y los brasileños hagan cola detrás de mí.

—Está bien, no te enfades —separé con dificultad mis ojos de las curvas mareantes de la mulata que acababa de rozarme al pasar—. El trópico altera los sentidos, Ginny.

—A ti te hace falta poco para alterarte. Recuerda que hemos venido a Río a trabajar, no a que te quedes embelesado ante todas las mujeres que se cruzan contigo. Muchos dirán que llevas a tu lado a una chica lo bastante atractiva como para que no la humilles admirando a las demás.

—En eso tienes razón —sonreí, dándole un leve cachete en las nalgas —, Y la verdad es que no tienes que envidiar a ninguna de estas brasileñas, pero como no te cimbreas como ellas...

—Un día te haré una exhibición —miró en torno, a la oficina repleta de empleados de ambos sexos, la mayoría de piel coloreada por su raza y por el sol tropical—, Pero no aquí, naturalmente. Mira, ya vienen a atendernos. No te embeleses otra vez.

Ginny estaba en lo cierto al advertirme. Había motivos para embelesarse y mucho más, con el ejemplar de hembra que se nos venía encima. Era otra mulata de agresivas formas, boca carnosa, mirada sensual y movimientos lúbricos. Sus senos eran como dos obuses a punto de dispararse hacia uno. Y sus caderas se cimbreaban como si vibrasen bajo la acción de un motor. Lucía un vestido claro, translúcido, tan adherido a la piel, que era como si no llevase nada. Me quedé sin aliento, y Ginny me pisó un pie para hacerme reaccionar.

—Buenos días, señor Scarlet —saludó ella, melosa, tras releer mi tarjeta—. El señor Barnaby Medford les espera. Pasen, por favor. Síganme por aquí...

Se dio media vuelta para precedernos en el camino. Ginny tuvo que pisarme otra vez para que me moviese. Mis ojos se habían clavado, incrédulos, en el más majestuoso trasero imaginable, el de aquella mulata de fuego que vibraba firme y sólido bajo su falda sedosa,

rematando las soberbias columnas de unos muslos de color canela suave.

Cada paso de ella, era una sacudida mareante de curvas macizas.

Tragué saliva y seguí a la mulata como si ella fuese el ratón y yo el gato. Ginny no se despegaba de mí, controlando mis movimientos. Creo que gracias a eso llegué sano y salvo a un pequeño despacho, de luz tamizada por una persiana graduable, que evitaba la cruda penetración de la luz solar tropical. Un hombre se incorporó de su mesa de trabajo, para tendernos la mano cordialmente. Pese a la penumbra, pude advertir que el individuo era alto, fornido y de cabello muy negro y lustroso, lucía un frondoso bigote lacio, también oscuro, y llevaba gafas de vidrios color humo, con monturas metálicas.

Recordé haber visto en alguna parte un retrato de Morgan Medford. Su hermano se le parecía bastante, aunque el difunto Medford fuese medio calvo, rostro afeitado y carente de gafas de cualquier tipo. Este era también más grueso que su hermano fallecido. Y su voz tenía una clara cadencia sureña al hablar.

—Es un placer conocerle, señor Scarlet. Señorita...

—Es Ginevra Miller, mi socio en la agencia de detectives —informé—. Ya sabrá que su hermano decidió contratar los servicios de un investigador antes de morir, y el abogado de la familia nos eligió a nosotros al azar...

—Lo sé, lo sé —afirmó gravemente, con gesto ensombrecido, sentándose después de haberlo hecho nosotros dos—. El señor Knox me informó de todo ello tras lo funerales, a los que no pude asistir por motivos de trabajo. Ya sabrá que los negocios no marchan bien, y he tenido que visitar varios países sudamericanos para cobrar unos atrasos que pudieran mantener la empresa por un tiempo, tratando de evitar la quiebra.

—Sí, entiendo. ¿Tan mal van las cosas?

—Muy mal —suspiró Barnaby Medford—. Morgan se equivocó con esto. Las importaciones tropicales han sufrido un brusco descenso. Eso, unido a una nueva carestía en los precios locales, han hecho que la rentabilidad baje a cotas increíbles.

Para ser la primera vez que mi hermano confió en mí y me puso al frente de un negocio, no se puede decir que tuviera mucha suerte. Pero no ha sido culpa mía. Trabajo duro aquí. Sólo que el error estuvo

en crear este negocio.

—Sin embargo, la fortuna personal de su hermano sigue intacta. ¿No puede evitar así la quiebra? Acaso una nueva inversión...

—No se puede tocar su dinero después de morir. Ni un centavo. Pasará íntegro a su esposa e hijo adoptivo. Si ellos faltan, a sus sobrinos.

—¿Y usted?

—Ni un dólar —sonrió—. Piense que cuando hizo el testamento pensaba que yo había muerto en Nueva Guinea. Siempre he sido un aventurero, un trotamundos incorregible.

Ignoraba que me diesen por muerto. Viví en unas islas paradisíacas, con unas cuantas nativas a mi servicio. Una vida de ensueño, amigo mío. Olvidé que existía el mundo. Un día me cansé, regresé... y mi hermano se llevó un sobresalto. Creo que me dio este empleo para librarse de mí. Temía mis posibles sablazos, mis granujadas. Nunca he sido un santo, lo admito. Mi historial es bastante negativo, y eso le asustó. Pobre hermano mío... Aún no entiendo cómo pudo matarse. El jamás hubiera pensado en el suicidio.

—¿Dice que no heredará usted nada, ocurra lo que ocurra?

—Ocurra lo que ocurra —suspiró. Me dirigió una mueca burlona—. Si está pensando que, como él temía, fue asesinado, no me apunte en su lista de sospechosos. No tengo sitio en ella. Aunque muriese toda la familia, su fortuna y la de mi cuñada Vivian irían a parar a un centro benéfico, para crear una Fundación. Es así su testamento, y eso no hay quien lo mueva ya. Ella sí podría alterar el suyo propio, pero le confesaré que la señora Medford no me aprecia lo más mínimo. Ni siquiera quiso conocerme jamás, aunque estuvo una vez en Río cuando yo había reaparecido en el mundo. Con hábiles excusas, eludió verme. Creo que me considera algo así como el lobo feroz. No cambiaré una letra de su testamento por causa mía, eso seguro.

—Bueno, ya que usted queda al margen de sospechas, ayúdeme en algo, señor Medford.

—Si está en mi mano hacerlo, cuente con ello.

—Hábleme de su hermano Morgen. Dijo que a él nunca se le ocurriría matarse.

—No, nunca. Amaba demasiado la vida, los placeres... Creo que tenía una amante envidiable.

—Eso es cierto —asentí—. Todo un ejemplar de primera fila.

Observé el gesto de censura de Ginny. Evidentemente, no le gustaban mis elogios a Ella Osborn, como no le gustaban mis miradas a las mulatas de Río.

—Morgan calificaba de cobardes estúpidos a los que se suicidaban —prosiguió su hermano Barnaby, entrelazando las manos, pensativo—. Cuando recibí la noticia telegráficamente, me quedé atónito. No podía creerlo. Luego supe lo de su documento póstumo, en manos del abogado Knox, y me pregunté si sería cierto que alguien provocó de alguna forma ese suicidio...

—imaginemos por un momento que *si* fue provocado, aun no sé cómo —mantuvo mi mirada fija en el hombre de Río—. ¿A quién señalaría usted como posible culpable?

—Me sería muy fácil decir que a su esposa —sonrió tristemente Barnaby—. No me cae bien, ni yo a ella. Es cómodo acusarla. Pero pienso que pudo ser otra persona de la familia.

—¿Quién?

—Su hijo adoptivo, Sidney.

—¿Por qué sospecharía de él?

—Está loco. Es un enfermo peligroso, aunque su madre adoptiva trata de protegerle de los médicos y de un internamiento psiquiátrico, como sería lo prudente. Es agresivo, odia a mucha gente, entre ella a mi propio hermano, a quien jamás tuvo afecto.

—¿Usted le conoce personalmente?

—No. Nunca he ido a Nueva York a verles. Ni pienso ir jamás. Morgan mismo me refirió todo eso. Me aseguró que a veces sentía miedo de su hijo adoptivo. Casi podía palpar el odio feroz que le tenía. Cierto que él no era un padre afectuoso, ni mucho menos, y lo admitía. Pero de eso al odio irracional, enfermizo, que Sidney sentía hacia él, había un abismo.

—Pero matar a alguien fingiendo un suicidio a la vista de todos, es difícil, por no decir imposible —objeté—. Habría que pensar en una

droga, en un proceso hipnótico...

—¿Hipnótico? —observé que Barnaby Medford pegaba un respingo en su asiento—.

Es curioso que diga eso...

—¿Curioso? ¿Por qué? —me sorprendí a mi vez, enarcando las cejas.

—Porque en su último viaje a Río, hace cosa de seis meses, Morgan me habló de algo relacionado con el hipnotismo...

—¿Qué fue ello? —insistí con avidez, cambiando una ojeada con Ginny.

—Bueno, supongo que será simple casualidad, pero me intrigó su comentario, Scarlet... ¿Conoce ya a Verónica Kibee. la sobrina de mi hermano?

—Claro. Una bella y muy inteligente muchacha.

—Y algo más —me miró con fijeza— ¿Sabe a qué me refiero?

—Sí, creo que sí. Ella no hace mucho por ocultarlo.

—Así es. Morgan me lo contó también. Ahora tiene una amiguita muy peculiar. Una negrita muy atractiva, que actúa en salas nocturnas. Dijo que se llamaba... espere, espere... Ah, sí. Melba Duryea. Su trabajo gira sobre la hipnosis y sugestión, ¿entiende?

Por lo visto es una gran hipnotizadora.

—Muy curioso, sí —afirmé—. De eso no me habló Verónica.

—Parece que tiene muy escondida la identidad de su nueva amiga. Pero Morgan era

un hombre muy curioso y astuto. Se enteraba siempre de todo.

—Mala cosa es eso. A veces, enterarse de demasiadas cosas es peligroso...

—Por supuesto. También sabía de los líos de su sobrino Lamont con jugadores profesionales y con dueños de garitos de la peor especie. Decía que un día se encontraría en un jaleo del que su tía Vivian no podría sacarle, como hacía siempre. Y

hasta mencionó algo...

—¿Qué, exactamente? ¿Puede recordarlo?

—Sí —afirmó Barnaby—. Un asesinato.

—¿Un... *qué*?

—Un asesinato. No quiso concretar demasiado ese punto. Parecía preocupado, molesto. Dijo solamente que su sobrino Lamont podía estar relacionado con un crimen, por culpa de sus amistades. Y que si era así, las cosas se le pondrían feas muy pronto, y toda la tolerancia de su tía no serviría de nada.

—¿Se refirió a algún amigo en concreto? ¿Citó nombres?

—Me temo que no, Scarlet.

—¿Ni siquiera un tal De Kowa?

—Me suena el nombre. Tal vez lo citó, pero no relacionado con el asesinato, sino sólo con el juego... Me parece recordar que si citó algún nombre de pasada, algo así como un tal Dodds o Dobbs... Pero no estoy seguro, no me haga caso.

Golpearon suavemente en la puerta. La mareante mulata que trabajaba como secretaria de Barnaby Medford entró con unos documentos. El se nos excusó, firmando todos ellos. Observé que la mulata pegaba sus voluminosos senos al hombro de su jefe, con muy poco aspecto de frialdad profesional. Su postura forzada de este momento, hacía resaltar más que nunca la redondez de sus glúteos adheridos a la tela de su vestido. Mi presión arterial subió considerablemente. Ginny se puso en pie.

—Creo que ya le hemos molestado bastante, señor Medford —dijo suavemente—. Le dejamos con su tarea. Espero que pronto puedan resolver las dificultades financieras.

—Dios la oiga —suspiró el hermano de Morgan, poniéndose en pie y tendiéndonos su mano—. Si van a quedarse más tiempo en Río, podríamos cenar todos juntos y...

—Lamento tener que rechazar su amable ofrecimiento, señor Medford —dijo Ginny, tomando la voz cantante ahora—. Mi socio y yo debemos volver de inmediato a Nueva York, compréndalo. Este es un viaje que aumenta los gastos, y allí hay todavía mucho trabajo por

hacer.

Tuve que despedirme a marchas forzadas de Medford, dirigir una sonrisa fugaz a la mulata de las curvas impresionantes, y salir de allí disparado, en pos de mi actual socio.

—¿A qué tantas prisas? —me quejé amargamente cuando llegábamos a la soleada calle—. Ese hombre puede darnos muchos informes sobre los Medford...

—Creo que ya nos contó cuanto sabe —me replicó Ginny con energía—. Debemos volver a Nueva York y buscar a esa negrita, Melba Duryea. Puede ser una posibilidad, Slim.

—Como quieras. Pero sigo pensando que lo que quieres es apartarme de las mulatas.

—Me tiene sin cuidado lo que pienses —se enfadó ella—. Cuando termine el caso, puedes volver a Río y rodearte de brasileñas por el resto de tu vida, pero antes, ni pensarlo. Eres mi socio en esto, recuérdalo bien, Slim Scarlet.

—¿Cómo olvidarlo yendo pegado a tus talones? —me quejé, tratando de seguir su endiablado y rápido paso por las repletas aceras de la ciudad carioca.

Pero lo cierto es que a Ginny no le faltó razón al decidir regresar a Nueva York con tanta urgencia.

Apenas estuvimos de regreso allí, nos enteramos de que una nueva tragedia ensombrecía el hogar de los Medford.

Habían asesinado a Sidney Medford, el hijo adoptivo de Vivian y Morgan Medford, el enfermo mental que me golpeaba con un bate de béisbol días atrás.

CAPITULO VII

—Si yo fuera un hombre receloso, incluso podría sospechar de usted, Scarlet.

Miré de reojo al teniente Warren con cara de pocos amigos. Sabía que estaba bromeando, aunque la Morgue no fuese el lugar más adecuado para hacer chistes, pero su broma no me hizo ninguna gracia.

—El hecho de que quisiera romperme la crisma con un bate de

béisbol, no es motivo suficiente para vengarme de ese modo —comenté—. Y menos aún estando en Río...

—Sí, esa coartada parece sólida —admitió de mala gana—. Lástima...

Y se enfrascó en la contemplación del cuerpo tendido ante nosotros, fuera de su cámara frigorífica. Ciertamente, ahora el hijo adoptivo de los Medford tenía bastante mal aspecto. El que le hundió la cabeza antes de arrojarle a la piscina de su casa, le había dejado realmente un feo destrozo en el occipital. Se mezclaban allí desagradablemente los cabellos, las esquirlas de hueso y la masa encefálica, con la sangre coagulada.

Ginny, pese a todo su temple, se había alejado un poco de nosotros, y estaba encendiendo un cigarrillo a la entrada del depósito. Yo alcé mis ojos hacia el oficial de Homicidios.

—¿Se encontró el arma homicida? —indagué.

—Claro. Fue un bate de béisbol —torció el gesto—. Curioso, ¿eh?

—Mucho —asentí—. Seguramente el mismo que yo conocía.

—Seguramente —aceptó, encogiéndose de hombros.

Salimos de allí despacio. En un cadáver nunca hay mucho que ver. El empleado, con aire rutinario, cerró el cajón como si éste contuviera patatas en vez de un cuerpo humano rígido y helado. Caminamos hacia el exterior, para alivio de Ginny.

—¿Se sabe cómo fue? —quise conocer los detalles.

—Más o menos —paseaba a mi lado con sus manos hundidas en su gabardina rugosa y descuidada, el sombrero flexible echado hacia atrás—. Le hallaron flotando en la piscina al amanecer. El agua estaba turbia de sangre y barro. Debieron golpearle en el jardín.

Había lloviznado un poco y había fango blando. Luego le arrojaron a la piscina. Se ven las huellas del cuerpo, arrastrado hasta el borde de la misma.

—Sidney pesaba bastante. Su asesino tuvo que ser fuerte...

—No necesariamente. El suelo en torno a la piscina es de baldosas. Un cuerpo inerte se desliza bastante bien. Apenas si tuvieron que arrastrarle cosa de dos yardas por la tierra húmeda.

—¿Iba vestido?

—Con pijama y un batín de lana. Descalzo —me miró de soslayo—. ¿Por qué lo preguntó?

—Por nada —sonreí duramente—. ¿A qué hora murió, según el forense?

—Entre tres y cinco de la mañana posiblemente. La autopsia será más concreta.

—Una hora rara para bajar al jardín en esta época del año —comenté.

—Claro. Pero recuerde que Sidney era un chico poco normal. Tal vez quiso pasear a deshoras y se encontró con un merodeador. O tal vez no.

—¿Había huellas de ese merodeador, señales de violencia en alguna parte?

—No —confesó de mala gana—. Usted piensa que fue alguien de la casa, ¿no?

—Es una posibilidad. ¿Quiénes dormían allí esa noche?

—Todos.

—¿Qué significan «todos»?

—Justamente lo que parece: todos. El abogado Knox había sido invitado a cenar ese día con la familia. Dormía en el cuarto de invitados. Estaban, naturalmente, Verónica y Lamont Kibee, la señora Medford, el servicio... Todos, ya le dije.

—¿Cómo han reaccionado?

—De muy diversa manera. La señora Medford está inconsolable. La sobrinita no parece nada afectada. Y en cuanto a Lamont, parece haberse quitado un peso de encima. El abogado Knox, en cambio, parece muy preocupado y sombrío.

—Ahora, sólo su tía Vivian separa a los sobrinos de la herencia —comenté.

Enarcó las cejas el teniente Warren, estudiándome en silencio mientras salíamos de la Morgue por un largo y tétrico corredor. La luz de la tarde, aunque difusa y neblinosa, me pareció un bálsamo, al salir de

aquel sitio.

—Ahora, ¿va a contarme lo que fueron a hacer a Río, aparte de contemplar sus encantos turísticos fuera de toda duda? —se interesó el policía.

—Si —suspiré, recordando que de esto dependía mi licencia—. Hay poco que contar, desgraciadamente.

Le referí todo lo hablado con Barnaby Medford. Me escuchó sin pestañear. Al final se encogió de hombros con aire contrariado.

—Eso no es nada —gruñó—. Yo no creo en hipnotizadores ni esas cosas. La policía no puede molestar a una persona por ser lesbiana o por hacer hipnotismo en público. La tal Melba Duryea podría meternos en un lío si llama a su abogado.

—Lo sé. ¿Deja que me ocupe de eso personalmente? —me ofrecí.

—Bueno —aceptó, estudiándome—. Pero no haga tonterías.

—El siempre acostumbra hacerlas cuando hay faldas por medio, aunque esas faldas las luzcan mujeres a quienes no les gustan los hombres —comentó Ginevra con sarcasmo.

—Ya. Su socia no le da buena fama, ¿eh, Slim?

—Mujeres... —suspiré—. No la haga caso, teniente. Hablaré con esa hipnotizadora.

Después de todo, no hay muchas posibilidades, ¿verdad?

—Si acaso, una sola: ese lío en que puede estar metido Lamont Kibee. Existe alguien en Nueva York que puede ser la persona a quien se refirió el hermano de Medford: Dustin Dodds.

—¿Quién es él?

—Un tipo de la peor calaña. Ha estado varias veces arrestado por sospechas serias de chantaje, coacción con violencia e incluso homicidio. Pero nunca se pudo probar nada. Es un tipo mil veces peor que De Kowa. Más sinuoso, menos claro. Una mezcla de aparente caballero y de rufián redomado.

—Conozco la especie —sonreí—. ¿Qué tal va su vigilancia sobre De Kowa, teniente?

Pegó un respingo y me miró con cara de pocos amigos. Luego arrugó el ceño.

—Usted es muy listo, Slim —ponderó secamente—. Ande, ponga manos a la obra. Vaya esta misma noche a ver a ese negra hipnotizadora.

—Claro —asentí. Miré a Ginevra irónico—. ¿Me acompañas?

—No, gracias —negó—. No me seduce conocer a mujeres de ésas. Estoy muy cansada tras ese viaje. Me iré a dormir pronto. No te enredes demasiado Slim.

—Lo procuraré —prometí irónico—. Nunca me ha gustado formar *tríos*. Ginny...

CAPITULO VIII

Hizo bien Ginny en no venir. No le hubiera gustado estar en el club nocturno de Broadway donde luda Melba Duryea sus habilidades hipnóticas y sus indudables atractivos físicos.

En primer lugar, porque encontré allí a una buena amiga que no le cala demasiado bien: nuestra cliente Ella Osborn. Lucía un escote que hubiera sido la segunda razón para que Ginny estuviera allí a disgusto. Aunque parecía imposible, su traje de noche de terciopelo dejaba casi totalmente al descubierto sus dos gloriosos senos. Y eso era bastante difícil por sí solo, dado el volumen de ambos. Sorprendentemente, sin embargo, el traje se sostenía a pesar de no llevar tirantes, colgando virtualmente de aquella respetable cornisa.

En segundo lugar, Melba Duryea actuaba en la pista con menos ropa que la famosa lady Godyva en cierto momento de su vida. Porque dicen que al menos ésta lucía una larga cabellera que cubría parte de sus intimidades durante su paseo a caballo, pero la negrita hipnotizadora, ni eso. Su pieza inferior era tan reducida, que uno no entendía bien lo que hacía situada en donde nuestra primera madre llevaba su discreta hoja de parra. En cuanto a la pieza de arriba, se reducía a dos lentejuelas centelleantes, sobre el remate de dos ebúrneos y macizos pechos color chocolate, que hubieran quitado el aliento a cualquiera que no hubiese estado sentado al lado de dos ejemplares como los de Ella Osborn.

En tercer lugar, también estaba en el local Virginia Kibee, que sin duda guardaba de ese modo el luto por su pariente difunto. A fin de cuentas, pensé con agrio sentido del humor, como su amiguita Melba era negra..., pues eso ya formaba parte del luto. Pero Virginia no estaba sola en la barra, contemplando fascinada no sé si las artes hipnóticas de su amiguita con los clientes, o sus atributos físicos. A su lado se sentaba un mozalbete rubio, delgado y pálido, de aire enfermizo y fríos ojos azules e inquietos, al que el smoking le colgaba como arrugado de una percha. Supe que era el joven y complicado Lamont Kibee, su hermanito del alma.

Me lo presentó al verme llegar, tras saludarme algo sorprendida por aparecer yo en aquel lugar. Pero no capté en ella, aparentemente al menos, huella alguna de disgusto por mi presencia donde actuaba su compañera

—No sabía que le gustara el hipnotismo, Scarlet —me comentó

irónica.

—Yo tampoco —confesé—. La vida tiene esas sorpresas.

—Mientras no le guste la hipnotizadora... —rió, pero sus ojos brillaban serios al añadir—: Acostumbro a ser muy celosa.

—Descuide —dije en ese punto, al descubrir a Ella Osborn en una mesa—. Creo que hay ya otra mujer que atraerá esta noche toda mi atención en otro terreno.

—Lo imaginaba —afirmó con la cabeza—. ¿Sabe quién es ella?

—Claro. ¿A usted tampoco le cae bien?

—Al contrario. Alabo el gusto de mi difunto tío Morgan. El sabía elegir a sus amistades... —me guiñó el ojo irónicamente—. La verdad es que ya intenté un par de

veces ganarme la amistad de esa hembra, pero no tuve éxito. Tal vez usted sí lo tenga.

Sospecho que a ella le encanta los pantalones... y el resto de quien los lleve.

Me alejé de Verónica Kibee sonriendo. Saludé a Ella cortésmente. Y la dama del busto impresionante me invitó asentarme con ella en la primera fila de pista, para presenciar el espectáculo.

—Temí que esperase a alguien —comenté, aceptando su invitación.

—Aunque fuese así, le hubiera recibido igual —me miró fijamente—. Usted, a fin de cuentas, es mi detective privado, no mi amante.

—Le aseguro que no me importaría ser ambas cosas a la vez —sonreí.

—Estaba casi segura de eso —observó mi mirada, fija en su descote, y sonrió también, echándose ligeramente atrás—. ¿Qué diría su fiel amiga y socia si le oyera? Tiene aspecto de ser muy celosa.

—¿Ginny? —asentí—. Debe ser cosa instintiva. No hay nada entre los dos,

—Será porque usted no quiere —se echó a reír—. Se la nota loquita por usted.

—Bah, tonterías —rechacé—. Es una buena chica y compañera, eso es

todo.

—No, no es todo. Los hombres son todos un poco tontos. No ven o no quieren ver lo que sienten las mujeres que les rodean. Yo, por ejemplo... ¿Qué cree que siento por usted?

Me sentí repentinamente incómodo. Incluso dejé de mirar las dos cumbres blancas que emergían de su vestido.

—No sé —admití—. Espero que admiración por mi trabajó, cuando acabe esto.

—No sea necio, Slim. Claro que deseo que haga bien su trabajo, para eso le pago. Pero ahora no hablaba como cliente... sino como mujer.

—Hasta ahora me creía un cínico —gruñí, pasándome un dedo entre el cuello de la camisa y mi escote—. Empiezo a sentirme como un colegial.

—Slim, venga conmigo a casa esta noche —dijo de pronto, apoyando una mano suya en la mía—. Entonces sabrá lo que siento por usted...

Me quedé sin aliento. Y cuando quise responder algo, las luces se habían apagado, los focos bañaban la pista, y entre aplausos de la concurrencia, salió la venus negra, reluciente su oscura piel, vibrantes sus curvas, a hacer su representación habitual.

La amiga de Verónica hizo gala de unas facultades hipnóticas realmente portentosas, pero en ningún momento probó conmigo o con Ella sus habilidades en ese terreno, por lo que me quedé con las ganas de saber si todo era auténtico o bien respondía tan sólo a una farsa bien montada.

Al final del show aplaudí como los demás, y me quedé pensativo, contemplando mi vaso de licor sin vaciar. Ella Osborn se inclinó para preguntarme, y eso hizo que viese en su totalidad el contenido de aquel descote mareante.

—¿Qué le ha parecido? —quiso saber.

—Psé... No sé —moví la cabeza—. Puede ser verdad todo. O tal vez no.

—No, claro que no es verdad —rió—. La he visto otras veces. Vengo por aquí con cierta frecuencia. Son trucos.

—¿Está segura? —dudé.

—Por supuesto. Pura farsa, pero lo hace bien. Si busca en la hipnosis un motivo para el aparente suicidio de Morgan, está equivocado, Slim. No es que Verónica me caiga bien,

pero dudo mucho que pudiera llevar a cabo un plan tan siniestro, gracias a las artes hipnóticas de su amiga.

—Yo no estaría tan seguro, sin embargo. ¿Sabe ya lo del hijo adoptivo?

—Claro. Salió en los diarios de la tarde. Ahora no hay ya dudas al respecto, ¿no? —me miró mientras nos levantábamos de la mesa—. Tiene que ser la viuda. Ella lo hereda absolutamente todo.

—Usted es una mujer de ideas fijas, ¿eh? —rezongué, pensativo.

—En ese sentido, sí. ¿Quién ganaría algo matando al pobre tonto de Sidney, sino su madre adoptiva? Tal vez no le amaba tanto como siempre ha fingido.

—Tal vez, pero eso habrá que probarlo. Y no va a ser fácil... —miré de reojo a Lamont, que bebía su enésimo whisky sin agua—. ¿También ese jovencito frecuenta mucho este local?

—Desde que supo que Morgan venía aquí conmigo a veces, sí —afirmó ella, recogiendo su bolso—. Creo que en el fondo me desea. Es un muchacho muy vicioso.

—Sí, eso mismo pensaba yo —asentí, tomando a Ella Osborn del brazo para dirigirnos a la salida.

Pasábamos junto a Lamont Kibee, que ahora estaba solo, mientras Verónica, sin duda, había ido a reunirse con su amiguita en el camerino, cuando ocurrió el incidente. El lo provocó muy astutamente, situando en mi camino su brazo y su vaso.

Le golpeé suavemente, y él dejó caer el recipiente, que se hizo añicos en el suelo, a sus pies. Rápido, se irguió, mirándome con ojos llameantes.

—Eh, mire por dónde va —me espetó con voz áspera—. ¿O se cree que porque ha conquistado a una fulana que fue antes querida de mi tío y de otros hombres, ya puede ir avasallando a la gente por ahí? Después de todo, sólo lleva del brazo a una zorra.

Sentí que la sangre fluía a mis sienes. Ella Osborn tiró de mí.

—Vamos —susurró—. Ese chico está borracho como una cuba. No le haga caso, Slim.

No la hice caso a ella. Me planté ante Lamont, cuyos ojos enrojecidos acusaban casi tanto como su voz la cantidad de alcohol ingerido, y le espeté con rudeza:

—Apártese, imbécil, pero antes pida disculpas a esta dama o va a lamentarlo toda su vida.

—¿Excusas a una ramera? —soltó una risita aguda—. Oiga, sabueso barato, podrá usted intimidar a rufianes de baja estofa, pero no a un caballero...

—Si usted es un caballero, yo soy el rey Arturo —rugí, disparando mi zurda de repente contra su mentón.

Fue como golpear un cristal. Oí crujir su hueso, saltó despedido hacia atrás como si se le hubiera disparado un resorte oculto, y derribó dos banquetas del mostrador antes de caer él mismo al suelo sobre ellas. Una mujer gritó, al mancharse con su copa cuando recibió el empujón del jovenzuelo impertinente.

—Por favor, Slim, no vale la pena, palabra —gimió Ella Osborn, apurada.

Tal vez tuviera razón, pero la gente como aquel mozo me saca de quicio. El que no sabe beber o no traga sus fracasos, que se aliste en la Legión extranjera, pero que no fastidie a los demás, ése era mi lema.

Sin embargo, pese a que los camareros corrían a evitar más problemas, el incidente no acabó ahí. Tambaleante, confuso, sangrando por una comisura de su labio, Lamont Kibee

se había incorporado de nuevo. Antes de que nadie pudiera evitarlo, tomó una botella de alguna parte, la rompió contra el borde del mostrador y vino hacia mí enarbolando aquella temible arma compuesta por más de una docena de aristas agudas y cortantes.

El peligro ahora era ya grave. Si me alcanzaba, incluso podía degollarme por error. Tiré lejos de mí a Ella, y me puse en guardia con instintiva celeridad. De no haberlo hecho así, como mínimo me hubiera rajado la cara. Los filos de vidrio silbaron amenazadoramente cerca de mí cuando se lanzó a fondo soltándome una obscenidad.

No le dejé reaccionar. Le aferré el brazo armado con mi zurda, sujetádoselo con fuerza, lo retorcí hasta que soltó la botella rota con un chillido, y luego le lancé un directo seco con mi diestra, que se estampó en su cara pálida, lanzándole por encima del mostrador como un proyectil.

Se quedó quieto allá, bajo el espejo y las estanterías, durmiendo su borrachera, hecho un ovillo, con varios vasos y botellas sobre su cuerpo, ante la mirada asustada de los camareros. Me volví, miré a los presentes y anuncié, altanero:

—Que pague ese mocoso borracho los desperfectos. El lo provocó todo, ya pudieron verlo. Y en lo sucesivo, no permitan la entrada a niños mal educados.

Tomé a Ella por el brazo de nuevo, y abandoné el club más hueco que un pavo real. La joven cliente se detuvo en la acera, mirándome.

—Sentí miedo —confesó—. Ese chico está rematadamente loco.

—Debe ser un mal hereditario —comenté—. O al menos contagioso. Su antiguo amigo se vuela los sesos absurdamente, su hijo adoptivo era un subnormal, y el sobrino anda haciendo oposiciones a ser el más estúpido de esta ciudad. Ahora no me sorprende que ande metido en un lío bastante feo. Si cuando bebe tiene siempre ese carácter, mal asunto...

—Eh, Slim, un momento —rogó ella, tomándome el brazo—. Está herido...

Maldita sea, y era verdad. Sin darme cuenta siquiera en el calor de la pelea, el bastardo de Lamont Kibee me había tocado con la botella rota. Tenía rasgada mi mejor chaqueta, hasta cerca del hombro, y mi brazo sangraba. Pero no sentía dolor.

—Es superficial —dije, mirándome la piel rasgada—. Debió tocar alguna vena, eso es todo...

—Aunque sea así, necesita curarse —dijo, algo alterada—. Venga conmigo, no perdamos tiempo.

Subió a un suntuoso coche, un descapotable último modelo, que tenía aparcado a poca distancia del club. Subí con ella. Condujo con endiablada rapidez hasta su apartamento, en el centro mismo de Manhattan. Me invitó a subir, tras atarme un pañuelo para sangrar menos, y no tuve otro remedio que acceder.

Poseía un lujoso apartamento. Sin duda Morgan Medford había sido generoso con ella durante su idilio. Me tumbó en un sofá, me hizo quedar con el torso desnudo, y lavó, desinfectó y vendó mi herida como una experta.

—Aprendí algo de enfermera —sonrió al terminar, sin darse apenas cuenta de que, con aquel endiablado traje suyo, había estado curándome depositando sobre mi hombro y rostro, virtualmente, la majestuosidad opulenta de sus senos desnudos. Me era posible incluso ver su estómago a través de la abertura del escote.

—Me siento mucho mejor —confesé con un suspiro, mirando mi brazo derecho herido.

Lo malo es que ahora sí me dolía, y apenas si podía cerrar los dedos de aquella mano—.

Gracias, señorita Osborn...

—Por Dios, llámeme Ella simplemente —rogó—. Somos amigos, Slim. Estás en mi casa...

y has sido mi caballero andante esta noche. Soy yo quien tiene que estarte agradecida. Te hicieron eso por mi culpa. Lamont Kibee no soporta el hecho de ver que otro hombre ha sucedido a su tío en mis preferencias, y que ese hombre no sea él.

—El muy estúpido... Debía de saber que somos simplemente cliente y asalariado...

Parecía saber muy bien que soy detective, por lo que dijo.

—También sabía lo que se decía. No somos solamente lo que has dicho..., sino un hombre y una mujer —susurró, clavando en mí sus ojos—. Una mujer que se siente muy sola... y un hombre sumamente atractivo... solos en un piso, de madrugada... Slim, ¿qué otra cosa podría ocurrir ahora sino esto, lo que va a ocurrir?

Se echó sobre mí lenta, suavemente. Sus senos reposaron en mi torso, su boca en la mía. Fue un beso candente. Su cuerpo se ciñó al mío, ardoroso.

Nadie hubiera resistido eso con una mujer como ella.

Yo, tampoco.

CAPITULO IX

Aún no había amanecido, pero le faltaba poco. Llevaba allí casi seis horas, en el lecho de Ella Osborn, con su desnudez a mi lado, surgiendo pujante entre las revueltas sábanas.

Parecía dormir profundamente. Sus increíbles senos se alzaban y descendían rítmicamente, con suave cadencia. La contemplé, fascinado.

No era sólo una mujer hermosa y una hembra de primera fila. Era una amante abrasadora y tumultuosa como pocas. Y en eso, tengo alguna experiencia para juzgar.

Me incorporé despacio. Ella gruñó entre dientes, revolcándose en el lecho. Quedó boca abajo, mostrándome su tersa espalda y sus rotundas nalgas. La cubrí con la sábana, aunque era toda una tentación.

—Amor, quédate... —susurró—. Aún es oscuro... Tenemos todo el tiempo del mundo...

—No puedo —rechacé, vistiéndome como mejor pude con el dolor y rigidez de mi brazo herido—. Hay cosas que hacer. Nos veremos otro día.

—¿Mañana mismo? ¿Hoy?

—Tal vez hoy —admití—. Tal vez mañana. Me va a costar mucho apartarme de ti, querida. Pero si me quedase ahora, creo que no sabría cuándo marcharme...

—Slim, eres magnífico —jadeó ronroneante, culebreando voluptuosa sobre el lecho para provocarme y hacer tambalear mis convicciones—. Quédate...

Sacudí la cabeza, luchando contra la tentación.

—Otro día —resolví, ya con la camisa encima de mi desnudez—, Fui hacia la ducha cercana. Me metí bajo la misma. tras quitarme otra vez la camisa. Cuando me vestí totalmente, me sentí algo mejor. Ella se había quedado dormida.

La cubrí con las sábanas, delicadamente. Recogí mi sombrero y me encaminé a la salida, tras comprobar que tampoco olvidaba allí mi

revólver.

Me sirvió de poco cuando, al llegar a la calle, ya alumbrando una tenue claridad azulada por el horizonte, tras los edificios, me vi rodeado por tres hombres, dos de los cuales me hincaron algo duro, metálico y cilíndrico en mis costillas.

—Vamos, amigo —ordenó el tercero con voz afilada—. Al coche y sin escandalizar, o será lo último que hagas en tu vida.

Esta vez no era una broma del teniente Warren. Ni siquiera se trataba de Vincent De Kowa y su esbirro César. Temí que esto era cosa de Lamont Kibee. Y no me equivoqué.

Apenas acomodado dentro de un coche negro, los pistoleros se pusieron a ambos lados, y el tercero subió al volante. El que se sentaba a su lado, se volvió a mirarme. Luda una fea cicatriz bajo su ojo izquierdo, y tenía facciones de rata.

—Me llamo Dustin Dodds, amigo —me anunció fríamente—. Y vamos a dar juntos un largo paseo en esta apacible mañana...

Yo sabía la clase de «paseos» que los tipos como Dodds acostumbraban a dar a sus

«amigos». Casi todos ellos terminaban con una tonelada de cemento en los pies, allá en el fondo del río...

* * *

Los bofetones y patadas llovían sobre mí como si fuesen gotas de lluvia torrencial. Eran expertos en la materia, los muy hijos de perra. Sabían pegar de modo doloroso, sin que uno llegara a desmayarse. Dodds contemplaba la escena con aire risueño, limpiándose las uñas con un cortaplumas de su llavero, no lejos de donde Lamont Kibee, lívido como un cadáver, y con aspecto de haber vomitado varias veces, asistía a la paliza con ojos desorbitados y enrojecidos.

—Ya basta. Ya basta, Dustin —rogó, tragando saliva, cuando rodé casi hasta sus pies, con mis manos sujetas a la espalda, sangrando por boca y nariz, tras recibir un bestial puntapié en la cara—. Vais a matarlo...

—Me pediste ayuda contra el sabueso, ¿no? —rió el tal Dodds agriamente—. Yo siempre atiendo a los buenos amigos como tú, querido Lamont... Este tipo pagará caro haberte golpeado esta noche ante la dama que te gusta tanto...

—No, no es eso lo que quiero —sollozó el cretino de Lamont Kibee, con su smoking más arrugado que nunca, el ojo rodeado de hematomas provocados por mi golpe, y la sangre seca en el labio—. Sólo te pedí un pequeño escarmiento, Dodds...

—Yo sé cómo hay que hacer las cosas —cortó el rufián con aspereza, dejando de hurgarse las uñas—. Será mejor que te calles o te vayas a casita con tu tía querida. Deja esto para los hombres, muchacho.

—La has hecho buena, Lamont —le espeté desde el suelo—. Pediste ayuda a un chacal, y ahora no tienes estómago para ver cómo devoran la carroña, ¿eh, chico? ¿Qué esperabas de un bastardo como éste y de sus puercos amígotos? Dustin Dodds es un asesino, un puerco criminal. Seguro que no hace esto por ti, sino por otra persona que le paga para deshacerse de un detective demasiado entrometido, ¿no es cierto, Dodds?

Uno de sus «gorilas» me pegó un patadón en el vientre y otro mi pisoteó la oreja. Creo que aullé de dolor, y me revolqué por el suelo, mientras Lamont lloraba histéricamente, pidiendo salir de allí porque se sentía enfermo.

Le sacaron del garaje donde me estaban sacudiendo a conciencia. Ahora estaba totalmente seguro de que los amigos de Lamont eran algo más que compinches mezclados con él en algún turbio asunto. El tal Dodds era un asalariado de alguien, tal vez de la persona que aplastó el cráneo de Sidney Medford y provocó el «suicidio» de Morgan. Me pregunté cómo encajarían todas aquellas piezas del *puzzle*, pese a estar envuelto en polvo, sangre, sudor y dolor, bajo aquel alud de golpes bestiales.

Casi había perdido el conocimiento, cuando Dodds se agachó sobre mí, me aferró los cabellos con una mano, tirando de ellos hasta que la cabeza me parecía estallar, y silabeó roncamente, a menos de una pulgada de mi rostro:

—Ahora, si quieres una muerte rápida y piadosa, polizante, suelta lo que sepáis tú y tu socia sobre el caso que lleváis entre manos. Y sé sincero... o tu amiguita seguirá tus pasos en breve. Harías una buena obra si te vas al infierno dejando a salvo a tu socia en el negocio. ¿Qué te parece la idea?

—Dejadla a ella en paz —jadeé—. No sabe nada, es sólo una secretaria metida a dirigir una oficina. Yo... yo llevo, toda la... la investigación...

—Lo suponía. Pero quiero estar seguro antes de enviarte al fondo del

río con una bala en tu cabezota, amigo. Si eliges el camino del engaño, te haré arrancar las uñas de pies y manos y quemaré tus ojos, antes de hacer que te liquiden, elige tú la forma de dejar

este mundo.

—Malditos puercos... —gruñí, escupiendo en la cara a Dodds—. No sé nada de nada.

Pero sé que alguien te paga para que me liquides, porque empiezo a asustar a alguien. Si me matas cometerás un crimen inútil. No puedo aún acusar a nadie de nada.

—Sé que terminarías haciéndolo. Eres un tipo listo y atrevido —rió Dodds, malévolo, limpiándose el salivazo de la cara—. Acabad con él, muchachos. Estoy harto de ver la cara de este tipo.

Asintieron sus esbirros. Les vi sacar las armas de sus axilas, y aplicarles el tubo silenciador parsimoniosamente. Dodds se escarbó los dientes con un palillo, sentándose al borde de una mesa, en el lóbrego y destartalado garaje. Esperé mi suerte resignadamente. Lo que más sentía era morirme sin motivo, sin saber quién podía ser el culpable real de todo aquello, el que pagaba a Dodds para hacer el trabajo sucio en este caso.

—Reza lo que sepas —me aconsejó Dustin Dodds—. Es tu final, sabueso...

Les miré indiferente. Había pensado siempre que sentiría miedo en la hora de la muerte. Ahora comprobaba que no era así. Ya todo parecía tenerme sin cuidado.

—Apuntad bien —les dije—. Quiero terminar cuanto antes.

Los pistoleros se miraron entre sí. Uno confesó, moviendo la cabeza:

—El tipo tiene agallas, ¿eh? Lástima que sea un detective...

Llegaron ante mí. Les vi inclinar el brazo, apuntarme a la cabeza con sus dos automáticas silenciosas. No cerré los ojos. Esperé morir con dignidad.

* * *

Los disparos sonaron como taponazos. Apagados, secos, casi ridículos. Pero podían matar. Y de hecho estaban matando.

Sólo que no a mí. Eran ellos, mis verdugos, los que caían como naipes de un castillo derribado de un manotazo. Sus corpachones cayeron pesadamente a mi lado. Vi el orificio de bala en cada uno de sus cráneos, preciso y certero.

Dodds juró entre dientes, revolviéndose para utilizar su pistola contra mis inesperados salvadores. Estos eran cuatro, y estaban abriendo fuego, también con armas silenciadas, desde la puerta del garaje. Dodds no tuvo la menor oportunidad de hacer nada. Le cosieron a balazos contra la mesa, donde se quedó quieto, grotescamente retorcido, antes de resbalar hasta el suelo, desparramado y lleno de sangre. El palillo salió disparado de su boca con un vómito de sangre.

Miré esperanzado a los recién llegados. Reconocí a dos de ellos: el tipo de largo gabán negro y sombrero flexible de igual color, y el del abrigo de camello impecable, con ancho cinturón.

—Hola, De Kowa —saludé jovialmente desde el suelo—. A eso le llamo yo llegar justo a tiempo. Amigo Césare, jamás me alegré tanto de ver a alguien...

—Si ese imbécil de Lamont no sale llorando como una mujerzuela, nunca hubiera

pensado que te trajeran aquí a matarte, Scarlet —confesó De Kowa, mirándome displicente—, Creí que se conformarían con darte una buena paliza por entrometido...

Me soltaron las manos y uno me ayudó a levantarme, aunque sólo para sentar mi derrengada figura en una silla desvencijada, que crujió amenazadora bajo mi peso.

—Ese Dodds era un asesino nato —comenté—. Le pagaban por hacer esto, sin duda.

—Lamont nos lo ha contado —rió De Kowa—, Ese chico sólo sabe meterse en líos.

Además de lo que me debe del juego, tenía que pagar el chantaje de Dodds puntualmente.

—¿Tan grave es lo que ese sabía de él?

—Mucho. Estando ebrio, Lamont mató a un tipo en una pelea. Dodds ayudó a deshacerse de ese cadáver al chico, y le tuvo en sus manos de por vida. Le estaba sacando mucho. Tanto, que ni siquiera podía pagar

sus deudas de juego. Por eso me dediqué a vigilarle. Pensé que había intervenido de alguna forma en la muerte de su tío y podía complicarme a mí en el asunto, pero el homicidio era otro muy distinto que tal vez nunca se llegue a saber.

—Maldito enredo —me quejé—. Y me iban a liquidar sin razón para ello.

—¿Seguro? —dudó De Kowa, mirándome— ¿No sabes nada del caso todavía?

—No, todavía no. Tengo una vaga sospecha, pero debo confirmarla antes... Eso es todo. De Kowa. Y tiene mi palabra de que no saldrá su nombre a la luz para nada. Ni sus asuntos de juego ilegal, claro. Es lo menos que puedo hacer por quien me ha salvado el pellejo.

—Buen chico —aprobo el gángster, palmeando mi hombro afectuoso—. Al final acabaremos siendo buenos amigos, seguro. Si necesitas alguna mano llegado el caso, cuenta con nosotros. Estoy deseando que todo esto se ponga en claro para no verme complicado en algo tan feo como una serie de asesinatos...

—Oficialmente al menos, todavía sólo hay un asesinato: el de Sidney Medford, el hijo adoptivo de los Medford. Lo de su tío Morgan sigue siendo un suicidio...

—Oh, me olvidaba de informarte de algo, Scarlet —dijo en ese punto el pistolero, con aire distraído—. Mientras os seguíamos a éstos y a ti, la radio dijo algo en su último boletín informativo...

—¿Sí? —enarqué las cejas, mirándole preocupado, mientras me incorporaba trabajosamente de la sida—, ¿Qué es ello?

—Ha habido otra muerte violenta en casa de los Medford. Este vez ha sido la viuda, Vivian Medford... Se voló la cabeza de un tiro, usando un rifle de caza de su difunto esposo...

CAPITULO X

—¿Otro suicidio, Slim?

—¡Y un cuerpo! —rugí, paseando como un tigre enjaulado por la vieja oficina—. ¡Han liquidado a la señora Medford, del mismo modo que lo hicieron con su marido, con el hijo adoptivo...!

—Pero ¿quién, Slim? —se preocupó Ginny—. ¿Verónica... Lamont...?

—No es tan simple, ni mucho menos —rezongué, malhumorado, parándome ante la ventana del despacho—. Cuando venía hacía acá me detuve en la hemeroteca municipal.

—¿Y bien...? —indagó Ginny, enarcando las cejas.

—Recogí unas cuantas notas de periódicos de las fechas en que se suicidó Morgan Medford. Notas muy curiosas, en especial una de ellas.

—No entiendo nada, Slim —confesó ella.

—Yo tampoco lo entiendo aún del todo, pero empiezo a hacerme una idea —me volví a Ginevra y recordé algo—. Ese tipo que trabajaba para Brett, ¿sigue haciendo algo para la firma? Me refiero al detective privado Raft...

—Si le llamo, hará lo que sea. Se ofreció incondicionalmente apenas murió Brett...

—Pues llámale. Pídele algo que te voy a dejar anotado aquí —garrapateé unas breves líneas en un papel y se lo tendí—. Que actúe de prisa. Necesito esos datos cuanto antes.

Ginny leyó la nota y se quedó de una pieza. Sus ojos se agrandaron al mirarme.

—¿Estás seguro de que puede tener alguna relación con el caso? —dudó—. Ya recordarás que no hay motivos para...

—Tú llama a Raft y dale eso, y listo —corté—. Yo, entretanto, voy a hacer una visita.

—¿Adónde? Esta vez has vuelto hecho unos' zorros, y en pleno día, después de ir a un club nocturno. ¿Qué puede ocurrirte si te metes en más líos?

—Espero que esta vez no haya problemas. Voy a Greenwich Village, a un viejo teatrillo de Vaudeville, llamado Bohemians.

—¿Y qué vas a hacer allí, si puede saberse? —receló ella—. ¿Ver a otra hipnotizadora negra semidesnuda?

—No. Tratar de averiguar qué fue de un hombre llamado Cecil Washburn, el mismo día en que Morgan Medford acabó estúpidamente con su vida...

—¿Cecil Washburn? Vaya si lo recuerdo, señor... —afirmó el viejo conserje, guardando presuroso el billete de cinco dólares que acababa de poner en su mano—. No es fácil olvidar a un hombre como él.

—Tengo entendido, por algo que leí en los periódicos, qué llevaba más de diez años trabajando aquí...

—Catorce, exactamente —suspiró el empleado, frotándose sus llorosos ojos—. El bueno de Cecil Washburn... Todo un tipo. Con sentido del humor, pese a sus años, una gran jovialidad. Muy buena persona. Y un gran artista. De los que no salen ya hoy en día.

—¿Cuál era su trabajo, exactamente?

—Hacía de todo: cantaba, bailaba, contar chistes... Pero su especialidad era la caracterización, la imitación de famosos personajes... Si le hubiera visto parodiando a gente famosa, como Bogart, Cagney, el general Eisenhower, el presidente Truman, Hitler, Mussolini... Era un genio. Ya no hay gente como él en el mundo del espectáculo, señor.

—¿Y qué fue de él? ¿Se ha sabido algo en el tiempo transcurrido?

—Nada, señor. Se lo tragó la tierra. Es como si nunca hubiese existido. Ah, este mundo nuestro de hoy... Tal vez esté en el fondo del río. La policía nunca hace mucho caso de los artistas. Si uno desaparece, dicen que puede haberse marchado por excéntrico, por capricho... Washburn jamás hubiera hecho eso. Mire, ése era él...

Contemplé una fotografía en un viejo afiche teatral de conserjería. Asentí.

—¿Vivía solo?

—Naturalmente, señor. No tenía familia alguna. Un día dejó de venir por el teatro sin previo aviso. Nadie sabía nada de su paradero. En su alojamiento, un cuarto alquilado a dos manzanas de aquí, tampoco pudieron decir palabra. Tenía allí todas sus cosas intactas. Ni siquiera se llevó el cepillo de dientes. ¿Eso es natural, señor?

—No, no mucho. ¿Indagaron en hospitales, en la Morgue...?

—Eso parece. Nadie dio nunca con él. Y no se ha vuelto, a saber nada de su paradero.

Algo me dice que el pobre señor Washburn está muerto y bien

muerto...

—Sí —afirmé con la cabeza, encaminándome a la salida del viejo teatro del barrio bohemio de Nueva York—. Eso me temo yo también, amigo mío...

Dejé en su cubículo de vidrio al viejo conserje, junto al escenario desierto y silencioso a aquella hora de la mañana. Un largo pasillo lóbrego, con olor a madera vieja, conducía a la salida de artistas, a un angosto callejón. Eché a andar por él, pensativo, rumiando una serie de ideas en mi cabeza.

Estaba seguro de haber llegado a alguna parte. Sólo me faltaba hacer unas pocas preguntas a alguien, para reunir las piezas finales del rompecabezas.

—¡Qué sorpresa, querido!

Levanté la cabeza. Me quedé mirándola.

Sí, era toda una sorpresa. Ya no estaba desnuda. Ni siquiera con un gran descote. Iba muy sobriamente vestida, con un traje gris de lana bajo su abrigo de pieles. Ocultaba sus manos en un manguito. Nunca he sido experto en pieles, pero estaba seguro de que aquello era visón del más caro.

—Hola, Elia —saludé suavemente, parándome con las manos en mis bolsillos.

—No me dirás que te preocupas por el teatro a estas horas... y con ese aspecto —

sonrió acercándose a mí—. ¿Qué te pasó? Es como si te hubiera pasado una apisonadora por encima, cariño...

—Fueron varias, no una —sonreí mirándola—. Nos encontramos casualmente en muchos sitios últimamente. Ella.

—Eso parece. Ignoraba que te gustara este género teatral, este teatrillo...

—Si vienes a hacer lo que imagino, llegas tarde —suspiré—. Hablé ya con el viejo conserje. Y vi la fotografía de Cecil Washburn...

—Temo no entender nada... —Ella Osborn enarcó las cejas.

—Quise decir que si vienes a matar a ese conserje y arrancar el afiche

de la conserjería, te has retrasado mucho, amor. Ya lo sé todo sobre el actor desaparecido el mismo día

que murió Morgan Medford.

La vi palidecer levemente. Era una mujer fría, serena. Pero se inmutó inevitablemente.

Removió sus manos en el manguito. Sacó una de ellas. Y en sus dedos, una automática calibre 38, con tubo silenciador. La miré tristemente.

—Veo que sabes mucho —silabeó con frialdad Ella, mi cliente de los senos turgentes.

—Lo sé todo —sonreí amargamente.

— ¿*Todo*? Lo dudo mucho, querido —su gesto era desdeñoso.

—No lo dudes. Empecé a sospechar anoche. Cuando nos encontramos «casualmente»

en el club nocturno. Sabías que iría por allí justamente anoche. Esta mañana tuve una larga charla con Lamont Kibee, tras recibir la paliza a manos de Dodds y sus' esbirros, y tras el tiroteo que acabó con esa pandillas de asesinos. Lamont me confesó que tú no habías vuelto por ese club desde que murió Morgan Medford. Y que aun entonces, ibas muy de tarde en' tarde. No creo demasiado en las casualidades. Y estuve seguro de que estabas allí para seducirme, engañarme y de paso indagar lo que yo sabía con exactitud o lo que sospechaba. Pero ignorabas que a la salida de tu apartamento, Dodds me capturaría por deseo de Lamont... e intentaría matarme por voluntad de otra persona.

—Menos mal que no me acusas de eso —suspiró ella.

—No, no todo lo que has hecho tú. Creo que sí mataste a Sidney Medford mientras yo estaba en Río de Janeiro. Pero lo de anoche lo hizo otra persona. La misma que ordenó a Dodds deshacerse de mí. Tú, en cambio, debiste asesinar a Brett Conway. Ese arma es la que le mató a él y me disparó desde un camión, estoy seguro. Dodds, por su parte, hizo la comedia del tiroteo en el restaurante, para que tú no fueses nunca sospechosa. Pero tenía instrucciones claras de apuntar bien alto para no herirte... Lo cierto es que no pretendíais asustarnos. Ni matasteis a Brett Conway porque supiera nada en especial. Todo formaba parte del plan minuciosamente preparado por ti y tu cómplice, Ella.

—Me fascina tu charla —miró el escenario, lo bastante alejado de nosotros como para que el viejo conserje no advirtiera nada de nada.

—Eres muy amable. En cuanto me di cuenta de que todo formaba parte de un tinglado, comprendí la razón de muchas cosas. Entre otras, de una carta póstuma que encargaba una investigación a una, agencia de detectives, para cuando Morgan Medford estuviese muerto. Sin todo ese escenario dramático, el suicidio de Medford pasaría demasiado desapercibido. Era preciso darle publicidad, que todo el mundo supiera que Morgan Medford estaba muerto y bien muerto, y que había un asesino suelto, que también eliminaría a su familia. Eso formaba parte de una coartada casi perfecta para la única persona que podía beneficiarse de todo esto.

—Según creo, los únicos beneficiarios ahora, una vez muerta Vivian Medford, serán sus sobrinos, Verónica y Lamont —sonrió Ella Osborn, agresiva.

—Es que la fortuna de los Medford no es el motivo, querida. Y tú bien lo sabes. El motivo es dinero, sí. Pero otro dinero muy distinto... que está en Río de Janeiro y no aquí.

Los ojos de Ella se velaron un instante. Su mano armada tembló.

—Veo que sí lo sabes todo —silabeó.

—Unas cosas las sé. Otras, las deduzco. Sé que un colaborador mío descubrirá en Río la existencia de un seguro de vida firmado por Morgan y Vivian Medford, a nombre de una tal Ella Osborn, por un alto valor. ¿Cuánto, cariño?

—Dos millones de dólares —me contestó mi cliente.

—Una bonita suma que justifica un puñado de asesinatos, sobre todo en personas como tú, y como tu cómplice... MORGAN MEDFORD.

De las sombras del pasillo teatral surgió una nueva figura, lenta y silenciosa que caminó despacio hacia nosotros. Poseía cabello negro, frondoso bigote y oscuras gafas de forma sofisticada.

—¿Cómo lo supo? —jadeó el hombre.

—Si ponía en duda el montaje del suicidio de Morgan Medford, el resto era fácil. Aquel suicidio no tenía sentido. Hice una llamada por cierta avería producida en la luz justamente momentos antes de suicidarse Morgan Medford ante testigos. Era lo que necesitaba saber.

Según el mayordomo, la avería fue provocada. Y se produjo en la planta alta. Que se sepa, sólo Morgan Medford estaba en ese momento arriba. Todos los demás se hallaban en la sala. Claro que a media luz, existiendo cierto parecido, y tratándose de un actor que sabía imitar muy bien a la gente, era fácil engañar a los testigos con un falso Morgan Medford. Luego, el arma que se dispara, la bala que destroza una cabeza y, por tanto, parte del rostro... Finalmente, la incineración de los restos, para evitar molestas exhumaciones posteriores... Usted, Medford, engañó a Cecil Washburn. el actor especialista en imitaciones, que tenía un notable parecido con usted, para que representara una supuesta broma familiar, consistente en fingir un suicidio. Washburn, confiado, actuó, pensando que la bala era de fogueo y todo el drama acabaría en risas. El pobre diablo nunca pudo imaginar que le contrataban para asesinarle a sangre fría, cambiando la bala de fogueo por una real. El mayordomo también me refirió que ese arma siempre tuvo balas de fogueo dentro. Mientras, usted pasaba por un supuesto hermano. Barnaby, que realmente sí debió morir hace años en Nueva Guinea, ayudado solamente por una peluca negra, un bigote postizo y unas gafas, así como guata en sus trajes para dar más grueso. Su esposa no había llegado a ver en Río al supuesto hermano, y usted viajó ayer a este país, para matar a su esposa. Así Ella tendría coartada, puesto que yo sería esa coartada al estar con ella toda la noche, del mismo modo que usted tenía la suya, al estar en Río cuando Ella mató a Sidney Medford. En realidad, las únicas muertes que importaban eran las de Morgan Medford y su esposa, firmantes de la póliza del seguro brasileño. Ella Osborn cobraría la totalidad del dinero en su día. y asunto concluido. Su diabólico plan, señor Medford, estuvo a punto de resultar.

—Y resultará —rió Medford irónico—. Porque usted nunca dirá nada a nadie, Scarlet.

Dodds no pudo matarle. Pero nosotros sí podemos...

También empuñaba una pistola silenciosa. Miré a ambos. Sonreí.

—¿Cómo pensaba usar la coartada para su cómplice, si Dodds me mataba a mí, que era el testigo de la misma? —indagué.

—No importaba mucho tu vida ya, una vez pasaste esas horas conmigo —suspiró ella—.

Alegando la existencia de un nuevo amante celoso, hay instalado un circuito cerrado de televisión, con reloj-calendario automático, que filmó todo nuestro amor apasionado de anoche, minuto a minuto,

segundo a segundo, marcando el tiempo preciso, sin posibilidad de manipulación. Como ves, coartada absolutamente perfecta...

Moví la cabeza, afirmativo. Miré a ambos amantes, a punto ya de conseguir sus dos millones de seguro de aquella póliza que sin duda Vivian Medford firmaría como un docu-

mento rutinario cualquiera, sin saber que firmaba su sentencia de muerte a corto plazo.

—Fue fácil entrar anoche en casa, narcotizar a mi esposa y volarle la cabeza con uno de mis rifles —sonrió Morgan Medford, el resucitado—. Ahora, adiós para siempre, Scarlet.

Lástima que haya sido demasiado buen detective...

Se dispuso a hacer fuego, junto con su cómplice.

—¡No se muevan ninguno de los dos o les cosemos a balazos! —sonó el vozarrón poderoso del teniente a sus espaldas.

Y el corredor se llenó de policías que rodearon a los dos asesinos antes de que ellos pudieran reaccionar. Yo suspiré, sacando mis manos del bolsillo, en tanto el teniente y Ginny corrían hacia mí desde la puerta del escenario.

—¿Por qué intervino, teniente? —me quejé—. Sé defenderme yo solo...

Mostraba en mis manos sendos revólveres de pequeño tamaño, calibre 22, que había conservado en todo momento en mis bolsillos, bien sujetos. Cuando ellos iban a disparar, también yo iba a hacerlo, sorprendiéndoles. Ambos me miraron estupefactos, comprendiendo que no iba a ser tan sencilla su victoria de haber ocurrido las cosas de otro modo.

—Eres demasiado listo, Slim —me elogió Ella Osborn—. Siempre lo he dicho... Fue una mala elección la del abogado Knox... De ser otros, hubiéramos triunfado.

Se los llevaron, tras esposarles. Miré a Ginny que, muy pálida, se abrazó a mí.

—Temí que te mataran —sollozó—. Cuando Raft me informó de la existencia de un seguro enorme, en Río, a nombre de Ella Osborn, y del viaje de Barnaby Medford a Nueva York hoy mismo... tuve mucho

miedo y llamé al teniente, diciéndole adónde habías ido...

—Debiste pensar que no iba a dejarme sorprender fácilmente esta vez —sonreí—. Pero sigue abrazándome. Me siento mejor así, Ginny...

—¡Mujeriego empedernido! —se irritó ella, disponiéndose a soltarme —. Ahora que esa pécora ha resultado culpable, vas a cortejarme a mí...

—¿Por qué no? —suspiré, sujetándola contra mí y besándola—. Después de todo, no tienes tanto pecho como ella... pero eres más bonita. Y no andas matando gente por ahí...

Quiso decir algo, pero volví a besarla.

Y debió gustarle tanto como a mí, porque se aferró con más fuerza y me devolvió el beso apasionadamente.

La verdad es que nunca entenderé del todo a las mujeres.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

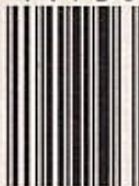
acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España